



REVISTA EXOCEREBROS



ESPIRITISMO

Y

OBJETOS EXTRAÑOS

OCTAVA EDICIÓN

2014

REVISTA EXOCEREBROS
OCTAVA EDICIÓN

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Uggla Horrorwitz

Revisión y corrección:

Eddy Roma

Diagramación:

Joseantonio Ortiz Negreros

Ilustraciones portada e interiores:

Joseantonio Ortiz Negreros

Ilustración contraportada:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Ilustración cuento La ultima grabación de Thomas W.:

Luigui (Transmut8)

Revista Exocerebros es un proyecto amigo de Editorial Bosques Ambulantes

www.bosquesambulantes.com

AVISO LEGAL

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de estos, pertenece a sus respectivos autores y autoras.

| BIENVENIDOS

Buscadores de mundos Ucrónicos

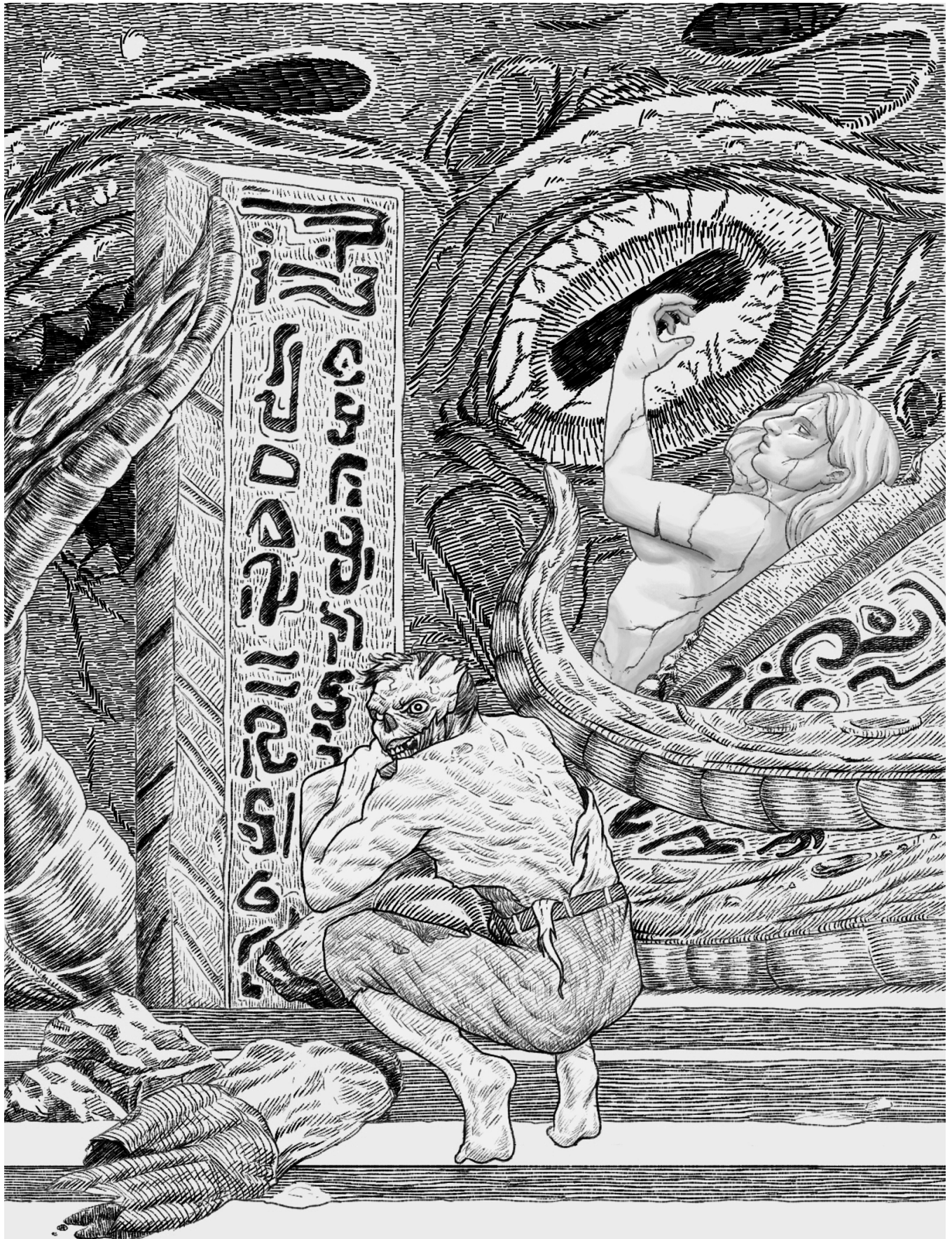
Con mucha alegría liberamos el octavo número de la Revista Exocerebros. Uno de nuestros objetivos es ser un medio de publicación de textos dentro de lo especulativo y en esta ocasión, nos lanzamos a la búsqueda de relatos de espiritismo y objetos extraños. Es decir, textos centrados en la idea de usar algún objeto extraño, sagrado, antiguo, futurista, raro, que sirva de portal o medio de conexión con la otredad, con lo no vivo, pudiendo ser un punto de conexión no solo con personas humanas muertas, también con seres que no estén vivos.

Espiritismo es la doctrina fundada por A. Kardec en 1857, estudia la naturaleza, origen y destino de los espíritus y sus relaciones con el mundo corporal. Se fundamenta en la creencia de que a través de un médium se puede lograr la comunicación con los espíritus de los muertos.

Fueron muchos textos los recibidos, lamentablemente tuvimos que escoger un número limitado. Agradecemos a los escritores que confiaron sus textos y los que no fueron seleccionados los instamos a que sigan enviando en las siguientes convocatorias.

En esta edición, tenemos el honor de contar con el cuento La biblioteca de las vidas pasadas del autor mexicano Gerardo Lima.

No nos extendemos más, pasen adelante.



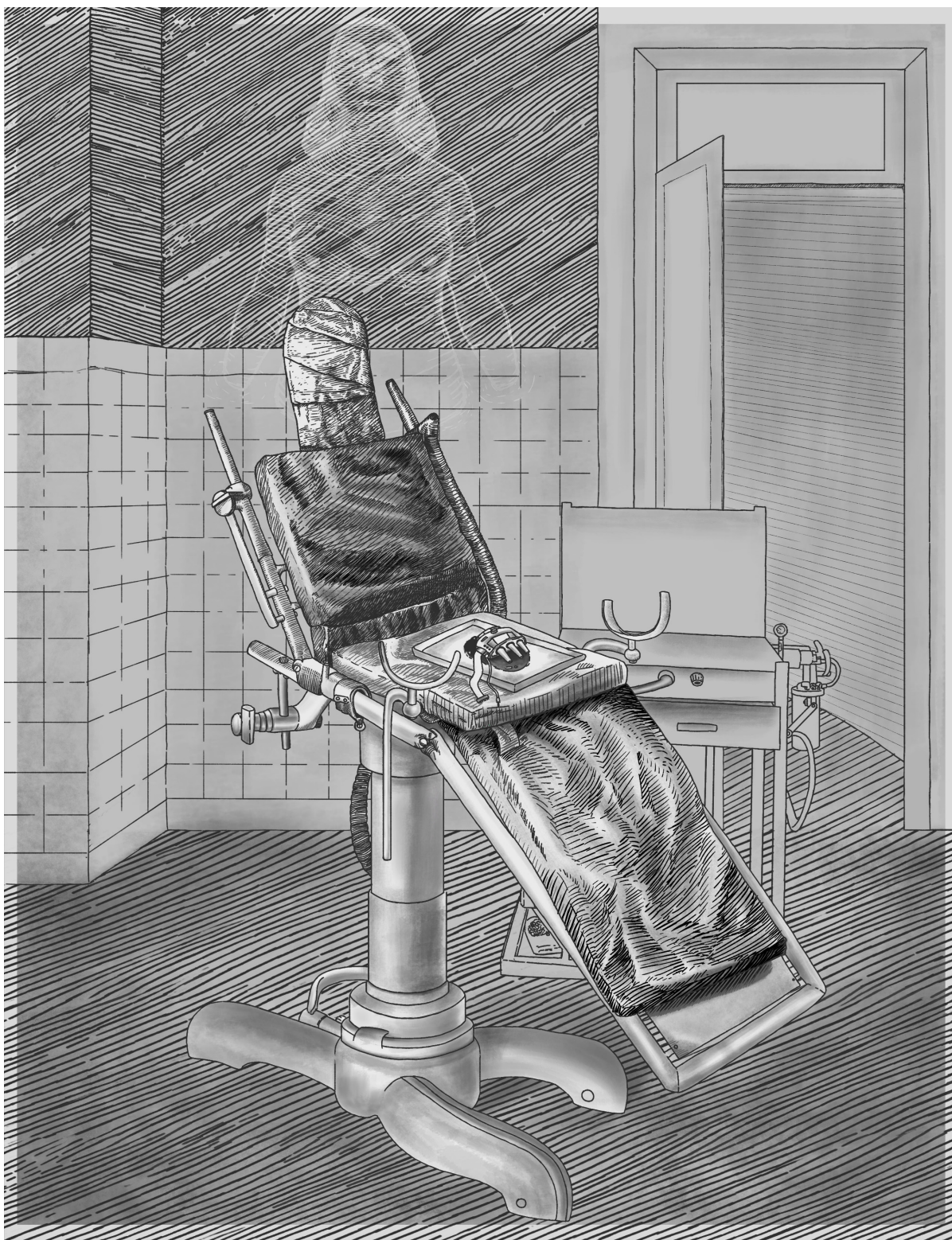
Cuentos seleccionados para esta edición

Aquel Muro invisible	Sebastián Oviedo Lobato	página 07
El iPhone	Giovanni Orozco	página 12
Epifanía	Raúl S. Martinez	página 18
La canica	Francisco Amado Ruiz Guzmán	página 23
La luna teje el día y la noche	Georgina Mexía-Amador	página 27
La última grabación de Thomas W.	Agustín Pablo Juárez	página 32
Nom Omnis Moriar	Abraham Campos Nava	página 36
Si este ladrillo abriera la boca... (1973)	Vlad Martínez Cruz	página 42
Un San Valentín muy especial	Juan Fran Núñez Parreño	página 49
Enciclopedia monitor	Rodrigo Torres Quezada	página 54

Invitado especial

La biblioteca de las vidas imposibles	Gerardo Lima	página 59
--	--------------	-----------

AQUEL MURO INVISIBLE - SEBASTIÁN OVIEDO LOBATO



El doctor Miguel Rubio insistió, a su colega más allegada, el realizar la prueba sobre sí mismo en secreto. Su equipo científico —un grupo de neurólogos dedicados a la investigación—, se percató de que un dato discordante se presentaba en todos los sujetos de prueba del proyecto. Ninguno tenía idea del porqué de esto, pero él no quería esperar a los largos meses venideros para hacer más estudios.

El experimento que se encontraban desarrollando era sencillo: con un dispositivo que nombraron el Neuromodulador indujeron ondas electromagnéticas, de una manera no invasiva, sobre la unión temporoparietal del cerebro de los voluntarios. De esta manera, se estimulaba la capacidad perceptiva del individuo, replicando la química cerebral acontecida durante los eventos paranormales que la gente afirmaba tener en su vida cotidiana.

Al inicio, el estudio arrojó resultados prometedores y muy precisos; se teorizó que los eventos sobrenaturales eran una mera alucinación propia de la mente, que servía como un mecanismo de defensa de huida frente a un posible peligro no identificado. Por ejemplo, el equipo de neurólogos se dio cuenta de que el 90% de los participantes estimulados por el Neuromodulador, al ser expuestos a otros agentes desencadenantes como la oscuridad o ruidos poco perceptibles, alucinaban con entidades antropomórficas hasta diez veces más de lo normal.

Sin embargo, una anomalía sesgó los datos obtenidos desde el comienzo hasta la finalización del estudio: la totalidad de los sujetos de prueba, que nunca se vieron ni se conocieron entre sí, aseguraban haber escuchado voces que provenían de un muro transparente frente a ellos, en algún momento, al azar de las sesiones.

Ahora, mientras el doctor Rubio se conectaba los electrodos a la cabeza, dejando de lado toda pesquisa de ética profesional, pudo observar el móvil translúcido del que tanto habían hablado sus pacientes. La apariencia de aquel muro invisible le recordaba mucho al efecto producido por las gotas de lluvia impactando la tensión superficial del agua de algún lago o charco inmóvil.

—¿Está alguien ahí? —preguntó.

Tras unos minutos de silencio cargados de tensión, una voz se dignó a hablarle.

—¿Acaso no me reconoces? —respondió.

La doctora Sofía Luna, la colega que lo supervisaba a través del cristal templado de la habitación, le habló por los altavoces del techo para preguntarle si estaba bien. Al parecer, su frecuencia cardíaca se había disparado de repente.

—Sí, Sofía. Me he asustado un poco, es todo —contestó el doctor Rubio con seguridad,



dirigiéndose hacia el vidrio oscuro a la par que se limpiaba las gotas de sudor frío de la frente.

Cuando se hubo calmado, decidió acercarse poco a poco hacia el muro y se sobresaltó cuando descubrió que podía sentir su textura gélida, casi gelatinosa. Realmente parecía que algo frente a él bloqueaba el paso.

—Estoy esperándote —dijo la voz que reconoció a la perfección desde el comienzo. Esta se escuchaba hueca y distante, como si alguien estuviera detrás de una puerta o de un muro de tablaroca.

—No es más que una alucinación —se habló a sí mismo en voz alta. El vapor caliente saliendo de su boca remarcaba el frío repentino que invadía la habitación—. Un efecto adverso del aparato sobre mi cabeza, nada más.

El escalofrío del ambiente traspasando su médula espinal se condimentó con el olor del azufre. Miguel se dio cuenta de que ambas sensaciones provenían de la distorsión parlante en el aire frente a sus ojos. Entonces, el muro invisible comenzó a ondular con furia hasta adoptar el contorno translúcido de una mujer que evocaba sus memorias.

De manera fugaz, aquel ente transparente se tiñó de colores dentro de su psique. Como una visión momentánea revelando los detalles de la carne putrefacta que adornaba su cuerpo muerto, supurando petróleo hirviendo y pus ahí donde estaban las heridas punzocortantes del tórax. Creyó ver que llamas ardiendo la envolvían sin parar.

—Ahí estaré hasta el final de tus días —masculló con furia, utilizando un tono descompuesto que bajaba de intensidad con el pasar de sus palabras.

El doctor Rubio arrancó el Neuromodulador de sus sienes por mero instinto. Cuando se atrevió a volver a mirar en dirección a la figura, se dio cuenta, con alivio, que ya no estaba.

Unos instantes después, la puerta de la habitación se abrió. En el umbral, la doctora Sofía lo observaba directo a los ojos. No articuló ninguna palabra hasta que Miguel se atrevió a hacerlo.

—Perdón, Sofía —dijo con timidez. El hecho de que hubiera pasado por alto los efectos de la máquina, siendo jefe de la investigación, le avergonzó después de que el miedo artificial abandonara la sangre de sus venas—. He olvidado todo lo que mi propio invento es capaz de hacer.

—Doctor Rubio —Sofía nunca se refería a él con tanta formalidad. Sus ojos vidriosos, abiertos de par en par, vibraban con desesperación mientras lo observaba. Tras unos momentos, cuando reunió fuerzas suficientes, añadió—: el Neuromodulador dejó de funcionar después de



haberle hablado por los altavoces.

Sin decir nada, el médico solo pudo pensar en lo que había presenciado hasta hace poco. El recuerdo de la mujer muerta de la que abusó, y después asesinó, hace más de diez años en su vieja doble vida; la última víctima que se prometió disfrutar antes de abandonar la ultraviolencia que tanto placer le causaba.

—Miguel, ¿de dónde venía ese frío... y ese olor a podrido? —preguntó Sofía con temor. Tartamudeaba.

El doctor Rubio, pálido, no supo qué contestarle.





SEBASTIÁN OVIEDO LOBATO

(México, 1997). Médico general de profesión, egresado de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Escritor novel y aficionado a la lectura de terror y ciencia ficción. Publicó un cuento de terror en el *Fanzine Delfos* número 4, con el título de *La oración del rey*. Participó en múltiples cursos de creación literaria como el 20° Aurora Festival Internacional de Cine de Horror con el nombre de *Muerte en el bosque: Historias de extrañeza botánica* por la Universidad de Guanajuato, entre otros.



EL IPHONE - GIOVANNI OROZCO



Hay gritos que se ahogan en el tiempo, ecos que agonizan en el reverberar de habitaciones vacías, tragedias que quedan suspendidas en las pupilas aterradas de la víctima, como botellas que naufragan en el océano buscando sin esperanza el auxilio que jamás llegará.

—¿Oíste algo?

—No seas miedoso. Esta casa ha estado abandonada por lo menos 50 años, lo más que hay ahí son ratas.

Rusty avanzaba con paso tembloroso por el jardín frontal de una enorme casa antigua, siguiendo a un excompañero de colegio que le prometió meterse en problemas a cambio de emociones que no encontraría jamás dentro de los muros del condominio. Ahora se maldecía a sí mismo por haber aceptado el reto. Esa misma tarde habían comenzado sus vacaciones, las últimas vacaciones de escolar. El próximo año empezaría la universidad y se sentía tan aburrido que aceptó hacer semejante estupidez. Esta era la primera vez que salía sin que sus padres supieran y sin el sano juicio que había olvidado junto con su linterna en la mesita de noche.

Caminaron por 20 minutos por el bosque antes de toparse con las ruinas de un viejo vecindario. Esqueletos arquitectónicos de una época de abundancia y libertad que se erigían entre el monte indómito. Dieron con una casa rural, grandes ventanales sugerían que a los ocupantes les gustaba mucha luz natural y aire fresco.

—Vamos al segundo nivel... ahí es donde está lo bueno —le susurró el compañero con un movimiento de cejas que sugería encontrar indumentaria femenina.

Entraron en las habitaciones, sin encontrar nada. Al llegar a la cocina escucharon un sonido extraño que venía del sótano. El chico mayor apuntó su linterna hacia la boca oscura de un graderío que descendía hacia una tenebrosa penumbra. De nuevo, con el corazón latiendo en las sienes, Rusty bajaba agarrado del cinturón del muchacho. Al llegar al final de la escalera el sonido se apagó. Buscaron por todo el lugar y no veían más que paredes manchadas de humedad y moho. En una esquina al fondo del sótano había un aparato apagado, era un teléfono celular... un iPhone. Lo metió en su bolsillo, encogiéndose los hombros, pensando que sería un recuerdo de su excursión clandestina.

Ser joven te da la ventaja de poder comer lo que sea, soportar grandes emociones y aún así dormir como piedra. Cuando Rusty despertó eran las 11 de la mañana.

Sus padres ya habían salido a trabajar, así que tenía toda la tarde de aburrimiento por delante. Se recordó del iPhone y buscó un cargador para conectarlo. El aparato hizo un parpadeo como exhalando su último aliento y luego la pantalla se oscureció como quien cierra los ojos.



Lo arrojó a su escritorio, lleno de papeles y cuadernos manchados, como otro más de sus proyectos sin futuro.

Pasó la tarde viendo televisión y se fue a dormir temprano. A las 11:59, una música de tonos asaltó el silencio y un resplandor plateado palpitaba en la habitación. Rusty abrió los ojos, no lograba procesar lo que estaba pasando. Se incorporó y vio el iPhone destellando en el suelo. Se le formó un nudo en el esófago y un frío de muerte le recorrió todo el cuerpo. Pensó que soñaba, pero el temblor de sus manos era bastante real. Después de un tiempo inmensurable recuperó el control de sus extremidades y recogió el aparato del suelo. Había una videollamada entrante de un número conocido: «Magnolia». La cara de Rusty se iluminaba con la luz intermitente, dejando ver en la penumbra el pánico y la incredulidad. ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba pasando?... Por fin cedió ante la curiosidad y deslizó su dedo para responder. En un instante la oscuridad fue total y Rusty sintió que su estómago se derretía sobre sus piernas dobladas. Luego apareció el rostro de una mujer joven, blanca como el yeso, con el pelo rojo enmarañado, con los ojos llorando de terror.

—Ayúdame por favor, hay alguien en la casa, están buscando algo, ven rápido por favor.

Rusty soltó el aparato que cayó al suelo sobre la pantalla con un seco ¡crack!, dejando la habitación en la negrura insondable. Se llevó las manos al rostro y notó que estaba sudando. Por fin encendió la luz de la habitación, quedando ciego por unos instantes. Luego recogió el teléfono y vio que la pantalla estaba quebrada. Lo dejó sobre el escritorio y notó que le dolía la mano, el aparato estaba caliente como un tostador. Caminó de un lado a otro y por fin se decidió a ir al baño para mojar las ideas. Metió la cabeza entera debajo del lavamanos y la dejó allí por unos segundos. Tomó la toalla de manos y se secó un poco el pelo. Cuando regresó a la habitación, el iPhone estaba como nuevo, vibrando y sonando sobre la cama.

«¡Mamá!», gritó aterrorizado, y salió corriendo hacia la habitación de sus padres. Estaba vacía. Corrió hacia la puerta de entrada; lloraba a moco tendido, como un niño asustado. Salió a la calle y corrió con todas sus fuerzas, sin saber a dónde ir. Finalmente alcanzó el muro del condominio. ¿Qué maldición había caído sobre él? Tenía que regresar el aparato a su origen. Regresó temblando con cada paso, repitiendo una y otra vez que todo acabaría pronto.

Una eternidad después llegó a su habitación. El iPhone seguía llamando desde otro tiempo, desde el otro lado de la muerte. Rusty lo tomó con una mano y por instinto contestó la llamada.

—¡No me cuelgues!

La chica pelirroja ya no lloraba tanto, pero parecía muy asustada. Tenía el teléfono muy cerca de la cara y estaba muy oscuro. Casi no se distinguía.

—¿Puedes escucharme? —se aventuró a preguntar Rusty.



—Si, te escucho. Por favor no me cuelgues, necesito que vengas por mí, no sé lo que se metió a mi casa, pero no me deja salir. No me ha atacado, solo me va acorralando, gruñe desde las sombras, como un toro, jadea y patea al suelo, pero no me deja verlo. Ahorita estoy en la cocina con la luz del refri, creo que quiere llevarme al sótano.

—¡No vayas al sótano!

—¿Y dónde carajos me escondo?... Rusty, esto no es una persona.

Mientras decía esas palabras, pudo observar una sombra, como un toro de pie que pasaba detrás de ella. Tenía los ojos encendidos y unos dientes lobunos. Rusty tiró el iPhone y lo estrelló contra la pared. Tomó su teléfono para llamar a sus padres, pero al tomarlo notó que estaba pegajoso. Desbloqueó la pantalla y unas imágenes de pesadilla aparecieron en la galería: sus padres muertos en el sillón de la sala, abrazados, chorreando sangre por el cuello.

El corazón de Rusty sonaba con fuerza en sus oídos. Se acercó al sillón de la sala y notó una mancha marrón, algo gastada, como si fuera de hace mucho tiempo, justo en el lugar donde el cuello de sus padres chorreaba sangre en las fotografías. Rusty no pudo pensar más, su cerebro era un batido de chocolate, dio la vuelta y salió corriendo.

Estaba por salir del condominio cuando le entró una videollamada a su teléfono... Decía «Magnolia». Sabiéndose sin opción, contestó.

— ¿Ya vienes? —preguntó ella, con voz trémula, su rostro empapado de lágrimas y mocos.

—Voy en camino —respondió Rusty, que no sentía ninguna prisa por entrar de nuevo a esa casa para encontrarse con un fantasma o un asesino.

—Creo que me ha dejado en paz. Cuando me colgaste, otra vez sentí que estaba detrás de mí. Salté al sótano, encendí la luz y cerré la puerta. Ya no lo escucho, pero tengo mucho miedo de salir.

—Busca una linterna o algo que alumbre por si logra apagar la luz desde afuera.

La chica asintió asustada, en su mirada se veía que su cerebro funcionaba en automático. Colocó su teléfono en el piso contra la pared y Rusty pudo observar cómo se alejaba hacia las estanterías que se alineaban en el fondo de la habitación. Vestía unos shorts blancos algo holgados y unas calcetas rosa que le subían casi hasta la rodilla, la blusa de su pijama era rosa también y se le pegaba el cuerpo bañado en sudor. Aún con la tenaza del miedo apretando en su estómago, Rusty no pudo evitar notar la turgencia de sus pechos y la suavidad de su piel blanca como el mármol. Tenía conciencia de que la chica probablemente no existía en su realidad.



Aún así, sintió una genuina necesidad de salvarla del demonio que la perseguía.

No dio dos pasos dentro de la casa cuando las luces en el sótano de la chica se apagaron. Rusty se quedó parado un momento, viendo el recuadro negro en su teléfono.

—¿Magnolia? —dijo en voz baja

— Aquí estoy —respondió, prendiendo un encendedor de gas.

En la penumbra amarillenta de la llama Rusty vio cuando una figura oscura bajaba por las escaleras. Se apresuró sin correr hacia la entrada del sótano donde anoche anduvo con su estúpido excompañero.

—¡Tienes que encontrar una luz más grande! —le urgió Rusty.

—¡Eso intento!

Cuando alcanzó el suelo del sótano, la chica encendió una linterna y Rusty pudo ver cómo se iluminaba un ser de pesadilla. Sí, era un hombre, pero tenía puesta una máscara con cabeza de res con grandes cuernos y unos ojos rojos brillantes y dientes de navajas cortadas. Tenía el cuerpo desnudo cubierto de lodo verdoso y una piel de oso amarrada a la espalda. Magnolia gritó aterrorizada y el hombre disfrazado de demonio le encajó un cuchillo en el vientre. La chica dejó de gritar mientras el tipo se acercaba hundiendo la hoja un poco más con cada paso. Rusty estaba paralizado viendo la escena en su teléfono. «¡Déjala en paz!», gritó con violencia y la máscara apuntó sus ojos de fuego hacia el teléfono de la chica. Con un movimiento brusco y fatal, rebanó el vientre de Magnolia de un lado a otro, haciendo saltar sus entrañas. La luz de la linterna se apagó, Rusty solo pudo ver cómo dos luces rojas se acercaban al teléfono y luego la llamada terminó.

Rusty se quedó un rato viendo el sótano vacío. Una pálida luz azulada lamía las paredes del sótano, anunciando el amanecer. Respiró hondo, tratando de asimilar lo que acababa de ver. Metió la mano dentro de su bolsa para buscar el iPhone, pero recordó que lo vio despedazarse contra el muro. Resignado, giró para enfilar hacia las gradas. Apareció frente a él un par de ojos rojos como brasas, un aliento fétido le golpeó la cara. Su iPhone cayó al suelo, un charco de sangre se lo tragó hacia el olvido.





GIOVANNI OROZCO

(Guatemala, 1983). Ingeniero electrónico. Ha estado rodeado de historias tristes, alegres pero siempre extrañas. Publicó el libro de cuentos *Funeral y otros cuentos* con la editorial Czamah.



EPIFANÍA - RAÚL S. MARTINEZ



Matamos lo que amamos. Lo demás no ha estado vivo nunca.
Rosario Castellanos

El cuerpo del profesor Heriberto Winchester yacía en la más indigna de las posiciones. Fausto Anselmo lo había dejado así. Ya sabía que él era un idiota, pero al ver el cadáver de nuestro mentor bocabajo y con las nalgas levantadas me quedó claro que durante estos años había subestimado su capacidad para arruinarlo todo. Yo tampoco sabía muy bien qué hacer, pero profanar la memoria del gran profesor dejándolo en una postura tan aberrante no estaba en mi lista de posibilidades.

—¿Crees que debemos llamar a las fuerzas del orden civil? —Fausto rompió el silencio.

—¿Cómo vamos a llamarlos, si nosotros lo hemos matado? —respondí con los ojos cerrados, tratando de mantener la calma.

—Pero ha sido un accidente. Estoy seguro de que lo comprenderán. Mi mamá siempre decía que la honestidad es la mejor política...

Dejé de prestarle atención. Ante los problemas, Fausto siempre tenía algún refrán, un fragmento inútil de sabiduría popular que sólo empeoraba la situación. ¿Cómo podía creer genuinamente que las fuerzas del orden serían comprensivas con un par de asesinos? Si no quería terminar en la cárcel, debía pensar con rapidez. Sin embargo, no podía concentrarme. Haber asesinado al profesor Winchester —por accidente, claro— en complicidad con el colega al que tanto detestaba es lo segundo peor que me pasó aquel día.

Llevo tres años enamorado de Justina Baizabal y durante ese tiempo he despreciado sus intenciones por formalizar nuestro amorío. No estoy seguro del por qué. Ambos tuvimos separaciones tormentosas casi al mismo tiempo y comenzamos a hacernos compañía hasta que pasó lo que tenía que pasar. Es decir, una noche en que la llevé a casa después de una maravillosa cena en la que bebimos dos botellas de vino y no mencionamos ni una sola vez a nuestras parejas anteriores, terminamos cogiendo.

Hasta ese momento ignoraba que la soledad podía compartirse. Su devoción me hizo olvidar pronto a Cecilia Arriaga, mi antigua prometida. Quiero creer que yo también le hice bien, pero la verdad es que durante aquellos tiempos nada quedaba claro. Además, nunca se lo pregunté, sólo me dediqué a disfrutar el entusiasmo con el que se quitaba la ropa.

El caso es que finalmente hoy por la mañana desperté con la certidumbre de que Justina estaba destinada a ser la madre de mis hijos. Creo que existe un término preciso para el sentimiento



con el que amanecí. Desayuné un whisky y me dirigí a toda velocidad al departamento de Justina para declararle mi amor eterno. Tuve problemas para llegar; pensé que la estación más cercana a su casa era Iridio, pero en realidad era General Nicolás Nero. No traía más dinero, así que caminé casi dos kilómetros de regreso y llegué justo a tiempo para verla despedir con un tierno beso al insoportable de Ricardo Lau, un amigo en común con aspiraciones histriónicas. Ella llevaba una sencilla bata de seda que yo había visto caer al suelo decenas de veces y él un aburrido traje gris Oxford pésimamente combinado con una corbata morada, quizá amarilla.

Me quedé observando del otro lado de la calle hasta que Ricardo al fin emprendió su camino. Lo seguí durante un par de cuadras sin un propósito específico hasta que recordé que era veintiuno de abril, el día en que realizaríamos las últimas pruebas con el dispositivo de refusión etéreo-corporal del profesor Winchester. Dejé que Ricardo se fuera y para cuando llegué al laboratorio apenas y se notaba que había llorado.

El dispositivo, capaz de volver a unir un alma con su respectivo cuerpo sin importar el estado de descomposición de este último, había rendido resultados aceptables en mamíferos y reptiles pequeños. La reunificación de alma y cuerpo era estable; la regeneración celular lograba revertir la putrefacción de los otrora cadáveres: una resurrección en toda forma.

El profesor llevaba más de una década trabajando en su teoría. Durante esos años su actividad social se había reducido casi a cero; nosotros éramos los únicos seres humanos con los que convivía. Nunca dejaba la mansión y Fausto Anselmo vivía con él desde los doce años. Técnicamente era su sobrino tercero; sus padres habían muerto y no tenía ninguna otra familia en Ciudad Equis. Yo me uní al equipo recién salido de la facultad. Aquel proyecto era nuestro mayor orgullo, pero ahora que estaba a punto de bañarnos en gloria eterna y posiblemente de millones de pesones estelares*, nada tenía sentido sin el amor de Justina.

—Voy a realizar una descarga de prueba, ¿revisaste que los nodos anímicos estén bien conectados? —me preguntó Fausto Anselmo. Apenas era mediodía. Habíamos pasado toda la mañana en el sótano de la mansión Winchester —donde se encontraba el laboratorio— preparando el dispositivo. El profesor estaba en la segunda planta tomando té. No bajaría hasta que todo estuviera dispuesto para los últimos experimentos. Odiaba esa muestra de superioridad. Desde siempre el profesor nos delegaba las tareas menos relevantes, reservando los secretos del dispositivo para él, pero esta vez agradecí tener algo que hacer para no pensar en Justina. La pregunta de Fausto, sin embargo, me molestó. A mí me tocaba revisar los nodos anímicos, responsables por canalizar la energía etérea que hacía posible unir el alma con la carne, los martes y jueves. Creí que era miércoles, así que le lancé una mirada de asco.

Inició la descarga. En efecto, era jueves, ¿cómo se me pudo pasar algo así? Los nodos mal conectados fueron inútiles y la descarga de energía ascendió desordenadamente hacia el techo. Cuando el crepitar eléctrico terminó, escuchamos el cuerpo del profesor Winchester cayendo



sobre la alfombra de su sala de estar. Lo encontramos en medio de una mesa de cristal hecha añicos, ensangrentado y echando humo, pero sobre todo, muerto. A pesar de lo anterior, su dignidad seguía intacta.

Hice una mueca de horror, Fausto Anselmo se limitó a arrodillarse ante el cadáver.

—¿Crees que esté muerto? —preguntó.

Pensé que mi colega sería capaz de reconocerlos, después de años de convivir con cadáveres, pero estaba equivocado.

—Me parece que sí —contesté para no decir «¿tú qué crees, hijo de político*?»—. Voy a pedir ayuda.

La mansión se encontraba en la Arista Poniente, donde a esa hora las esposas de los oligarcas galácticos, líderes sindicales y políticos también tomaban el té. El sol de primavera y la suave brisa contrastaban con la tragedia que acababa de suceder. Me detuve a pensar bien las cosas. El laboratorio del profesor Winchester era clandestino; el genio jamás se había preocupado por obtener los permisos correspondientes. Pedir ayuda para disponer de un cadáver que yo mismo acababa de producir me pareció una pésima idea. Reentré lentamente al laboratorio donde los restos del profesor ya habían sido movidos por Fausto.

Pensé en Justina y en que la miseria sería parte fundamental de mi vida sin ella, a pesar de mantenerme en libertad. Ignoré la verborrea de Fausto, que probablemente trataba los temas de deber moral y responsabilidad civil, cuando sentí su mano apretando mi brazo.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, hay que llamar a las fuerzas del orden civil —respondí sin tener ni idea.

—Perfecto, estoy seguro de que tendremos oportunidad de explicar la situación —dijo y empezó a subir las escaleras de dos en dos. Creí ver una sonrisa en su rostro.

Estaba seguro de que al rendir su declaración, el idiolecto de Fausto terminaría por incriminarnos más. Mi vida se había acabado, pero no podía rendirme. El dispositivo volvía a almacenar energía anímica lista para ser canalizada. Podía sentir las vibraciones en el aire rancio del sótano. Nadie extrañaría a un huérfano olvidado ni a un profesor cautivo de sí mismo. Además, gracias al profesor Winchester, los efectos de la muerte ya no son permanentes; estoy seguro de que puedo descifrar las notas de mi mentor. Quién sabe, igual y si los revivo hasta Justina vuelve. Escuché los pasos de Fausto Anselmo en planta baja, directamente sobre el dispositivo del profesor Heriberto Winchester. Pulsé el botón.



*Divisa oficial de Ciudad Equis y la Federación Galáctica.

**Insulto común en el lenguaje vernáculo de Ciudad Equis, donde el oficio más despreciado es el de funcionario público.

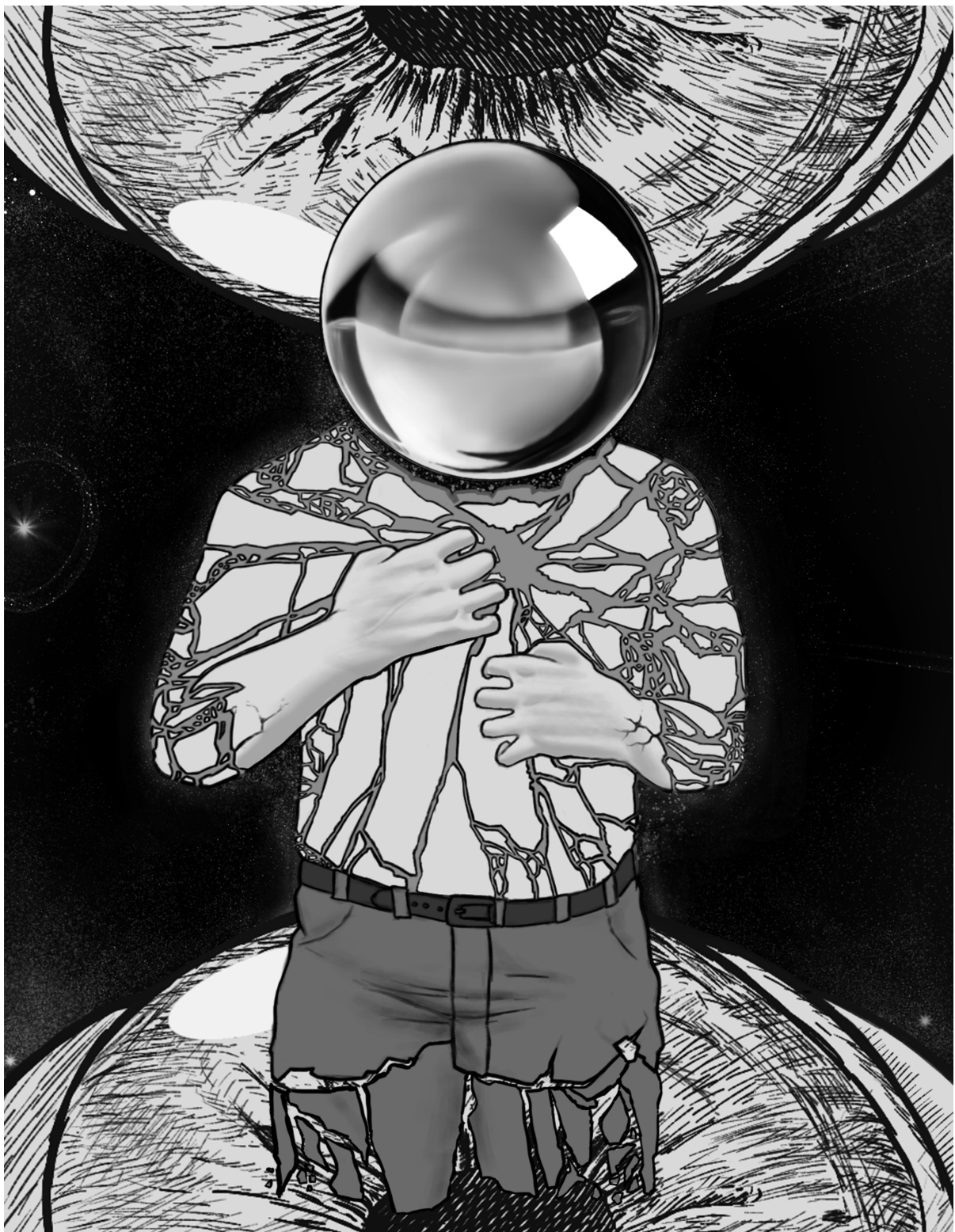


RAÚL S. MARTINEZ

Escritor mexicano de ficción especulativa. Ha publicado dos antologías de cuentos de ciencia ficción y fantasía, *Ahora tenemos vino* (2020) e *Impuestos y lo que viene después* (2025). Sus intereses además de estos géneros literarios son los gatos, el whisky de centeno e intentar ganarle a su novia en *Super Smash Bros* (evento que no ha ocurrido). Le va al Necaxa.



LA CANICA - FRANCISCO AMADO RUIZ GUZMÁN



René Canizales Villacorta acostumbraba levantarse todos los días a las cinco de la mañana en punto. Al ponerse en pie y salir de la cama, caminaba estoico, casi robótico, por el corredor que de su cuarto conducía a la cocina. Ahí tomaba de la llave el agua que ponía a calentar para el café en una tetera metálica de aluminio, mientras tomaba una ducha fría de cinco minutos que lo dejaba como nuevo. Saliendo del baño, secaba su cuerpo con una toalla mullida y olorosa a suavizante. Vestía un pantalón y una camisa que había planchado desde la noche anterior y brevemente preparaba un desayuno que, sin falla, día tras día, consistía en un sándwich de huevo y una taza de café con leche. Posteriormente, salía de su apartamento a las seis con quince, para tomar cinco minutos más tarde, en la esquina norte de su barrio, el bus que le llevaba hasta el instituto donde impartía la cátedra de matemáticas. Esta rutina fue actuada de forma exacta, inalterada, por más de veinte años consecutivos y para su realizador era motivo de orgullo haber logrado vencer el sueño, el cansancio, el malestar causado por la enfermedad y cuanto inconveniente se presentó; y todo para dar la mayor muestra de puntualidad, disciplina y honestidad que un profesor de matemáticas podía ofrecer. Pero el jueves tres de febrero, abrió los ojos súbitamente y después de ver hacia el techo unos instantes, cayó en la cuenta de que el despertador había sonado hacía diez minutos. Él, de forma inexplicable, lo había silenciado e imperdonablemente continuó en la cama, semidormido. Saltó de la cama raudamente, creyendo que aquel desajuste temporal le impediría realizar su perfecto ritual matutino. Se deslizó por el corredor buscando la ducha y al tomarla, cuando se enjabonaba, recordó con renovado terror que había pasado por alto poner la tetera en la estufa. Salió del baño atormentado, cubierto con la toalla y con espuma de jabón en las orejas. Unos minutos más tarde, ya vestido y frente al espejo, se observó cambiado, físicamente igual, pero, de alguna forma, diferente. Había en su interior algo nuevo, una calidad espiritual que le hacía olvidar la disciplina, obviar las normas, rebelarse inconscientemente contra el orden. Al estar frente al sándwich de huevo lamentó con vergüenza no tener otra cosa en la refrigeradora. Queso, jamón, carne, cualquier cosa que le permitiera variar por lo menos en esta ocasión. Llegada la hora de salir a la calle, respiró hondo, como aliviado por haber superado aquella mañana tan incómoda; los colores del nuevo día le parecieron ligeramente nebulosos. Caminó por la acera y tropezó con un perro callejero que al verle venir ladró furioso por algunos metros mientras le perseguía, causándole un susto de muerte. Tomó el bus y le sorprendió la velocidad con la que condujo el piloto por las calles de la ciudad, que hoy se veía en un color verde sepia extraño. «¡Qué día!», dijo para sí, quitando el sudor de su frente con un pañuelo que pronto advirtió no era suyo. O quizá sí fuera suyo, pero el pañuelo no tenía su aroma. O quizá sí tenía su aroma, pero este era hoy irreconocible, elementalmente imperfecto. Atónito, entró al edificio del instituto. Sintió que entraba en un local que no era el sitio donde trabajaba. Cuando ingresó a su cubículo, observó sobre su escritorio una placa que anunciaba su nombre, así, completo: «Prof. René Canizales Villacorta». Y le pareció terrible; el letrero que él reconocía y que había visto por años sobre el mueble, decía «Prof. R. Canizales Villacorta». Con la «R» sola. ¡Qué demonios estaba pasando! Una angustia profunda le invadió y de pronto, de golpe, tuvo una sospecha violenta. Corrió a sus archivos y sus manos buscaron, con una exactitud exasperante, una carpeta, una sola carpeta cuya ratificación revelaría la verdad de los últimos



acontecimientos. La encontró; dentro había una hoja atiborrada de fórmulas, números, letras y ecuaciones. Eran las notas que le había proporcionado una estudiante dos semanas antes de que ocurrieran estos extraños sucesos. Ella simplemente había aparecido un día frente a su cubículo y, mirándole fijamente, le explicó que había descubierto la forma de trasladarse a otras dimensiones sin desintegrarse en el proceso. Como René no entendía otro idioma, trató de demostrarle con fórmulas matemáticas el increíble hallazgo. En su momento el profesor actuó con incredulidad, sobre todo cuando la chica sacó de su bolso una esfera, tan pequeña como una canica, transparente como una gota de agua, tan sólida como un fragmento de cristal. «Es el portal», afirmó la estudiante de forma fría y seca, colocando el objeto y la carpeta sobre el buró. Dijo que era posible obtenerla mediante procesos químicos conocidos y la energía estelar apropiada. No sin algo de sorna, René despidió a la chica y la instó a seguir aprendiendo, guardó la «canica» en el bolsillo de su pantalón y la carpeta (la cual generaba en él una secreta admiración dada su lógica matemática) fue archivada justo donde ahora la había encontrado. ¿Pero cómo había sido posible activar aquel raro objeto? Recordó que la noche anterior había estado observando la pequeña esfera; con humor, había cavilado sobre los elaborados argumentos de aquella muchacha. Antes de dormir, colocó la esfera sobre la mesita de noche, justo entre el vaso con agua y la ventana de su habitación. ¿Acaso la química del agua y la luz solar que entró por la ventana habían puesto en marcha un fenómeno parecido al agujero de gusano descrito por la ciencia especulativa? Ciertamente, ahora caía en la cuenta, este no era el mundo donde hasta ahora había vivido. Se lo confirmaba cada hecho desarticulado en su cotidianidad y cada desajuste temporal en su rutina. Ahora el problema era este: ¿cómo este profesor de matemáticas, este hombre exageradamente organizado, este esclavo de su ordenada y prosaica vida, podría regresar a su añorada y benéfica dimensión?

René Canizales Villacorta aún asiste a su trabajo todos los días. Alguna vez fue una persona organizada, puntual, coordinada. Ahora sólo busca la forma exacta y correcta de colocar sobre la mesita de noche, en su habitación, un vaso de agua y una canica frente a su ventana. No desea otra cosa que repetir un evento que le permita regresar a casa. No entiende que los muertos se deben quedar donde están...





FRANCISCO AMADO RUIZ GUZMÁN

(Guatemala, 1977)



LA LUNA TEJE EL DÍA Y LA NOCHE - GEORGINA MEXÍA-AMADOR



Vine a buscar la máscara a la casa de la loma donde me indicó el viejo. Ya huelo la lana con la que voy a forrarme después de esta aventurita. El viejo me confesó en voz baja dónde encontrarla, porque estaba seguro de que lo espiaban. Ha vivido casi treinta años con el temor de que los militares vengan por él después de lo que hizo. Ni siquiera tuvo que planear el robo con minuciosidad, como los tipos que saquearon las piezas del Museo de Antropología en el '89. Y luego para que hasta les hicieran una película.

El viejo no quiso vender la máscara. Huyó con ella hasta su pueblo y la arrojó en el pozo de su casa. Sé muy bien cómo es; la dibujó en una servilleta en la cantina donde lo conocí. La encontró en las excavaciones del Templo Mayor, cuando instalaban el cableado telefónico en la calle de Seminario. «Sentí que me hablaba», dijo, después de beberse el quinto jaibol. «Es una máscara de jade. En las cuencas de los ojos tiene conchas nácar como si fueran el iris, y círculos de obsidiana que te miran como si tuvieran vida. Los dientes son reales, con incrustaciones de turquesa. Es una chulada. Pero te lo juro, cabrón, pude oír su voz en mi cabeza y por eso, sin pensarlo, la eché en mi morral de yute. Es como si se hubiera querido ir conmigo».

Pues será el sereno. Subí la loma y ya llegué a la casa del viejo. Me advirtió que estaba vacía, porque sus hijos se fueron al Gabacho y nadie se quedó a cuidarla. Entro por detrás. Trepo las paredes de adobe con facilidad, cuidando de no espinarme con la nopalera. Vaya, sí que lleva mucho tiempo abandonado este lugar. Hay yerbajos secos y hasta raíces de árboles trepando por todos lados, pero me mueve más esa lanita que ya veo llenando mis bolsillos.

Ya estoy dentro, ahora a buscar el chingado pozo. Está muy oscuro y no quiero encender la lámpara. Había luna llena hacía unos instantes, pero la ocultaron unos nubarrones. Estoy en un patio. Qué extraño, hay un resplandor en el suelo. Quizá sea un fragmento de vidrio que refleja alguna luz. Lo sigo. Me volteo para ver a mis espaldas porque me pareció escuchar unas voces. No. Nada. Quizá sólo el siseo del viento entre las hojas secas.

La luna asoma un poco y el resplandor que había visto primero se convierte en una luz verdosa, tenue, como si brillara un estanque. Me acerco y resulta que no estoy ante un pozo como tal, sino ante una especie de cisterna muy profunda. Por suerte no necesitaré cuerdas para llegar al fondo, sino que puedo entrar arrastrándome.

La máscara debe estar en el fondo. Eso dijo el viejo. No sé por qué le hice caso a ese pinche orate borracho. Escucho voces y susurros entre los muros; su famosa historia de la máscara que le habló y no sé qué más ya está haciendo estragos en mi cabeza. Está seco aquí adentro. Qué raro. Y lo más extraño es que huele a copal. Imaginé que olería a podrido, a agua estancada.

Voy a sacar la linterna. No veo nada en esta tumba. Me arrastro como un gusano, con mis codos y mis rodillas. Enciendo la linterna, pues comienza a desesperarme no encontrar el



fondo. El resplandor verde que vi desde afuera regresa y me guía a través de esta oscuridad profunda. La linterna ilumina el fondo, al fin. El túnel por el que venía se ensancha y puedo incorporarme. Ahora, a buscar el morral de yute, si es que sigue aquí después de casi treinta años.

Aprieto la linterna entre los dientes. Las paredes se iluminan y revelan cosas extrañas. No sé cómo llamar este sitio, pero parece más una especie de adoratorio o templo que sigue impregnado de ese resplandor verde. Es del color del jade. Hay figurillas en el piso de tierra, y restos de caracoles y conchas marinas. Las figurillas son como dioscecitos, pero decapitados. Tienen los ojos y la boca apenas tallados, y un esbozo de bracitos pegados al cuerpo. No sé qué madres sean.

Esto no me da buena espina. Mis ojos buscan desesperados hasta que dan con algo que parece ser... Sí, eso es. El morral. El viejo no estaba tan loco después de todo. Me tiemblan las mandíbulas y dejo caer la linterna. Estoy muy nervioso. Sostengo el envoltorio, no me atrevo a descubrir qué es. Cierro los ojos, pienso en el dinero y en todo lo que me voy a comprar, después de saldar mis deudas con el Coppel y la gente de Vivanco. Ya, chingue su madre, voy a comprobar que sea la máscara y me largo de este maldito lugar. Uno... Dos... Tres...

Órales. Es hermosa. Como dijo el viejo, una chu-la-da. Voy a tener que agregar un par de ceros más a la cifra por los dos huevos que me va costando conseguir esta joya. Es perfecta. No soy dado a imaginaciones, soy un sujeto más bien práctico, pero resulta increíble que haya sobrevivido tantos siglos enterrada para que este chingado viejo la encontrara intacta. Era el destino. Qué locura.

Ahora, a largarse de aquí. Meto el morral con la máscara en una bolsa negra. En los muros se refleja la luz de la linterna, pero más que luz parecen unas ondas de agua turquesa. Los susurros vuelven, pero juro que esta casa está vacía. Debe ser el viento. ¡Carajo! No encuentro la linterna, no sé dónde cayó, pero el resplandor aumenta. El perfume del copal se vuelve más intenso, y ahora escucho a mis espaldas y sobre mi cabeza tambores y caracolas. Me tengo que ir, este sitio me está enloqueciendo. Meto la bolsa en mi mochila y ahora debo arrastrarme hacia la salida. El eco de mi respiración se amplifica, como si hubiera miles de bocas y narices.

El túnel está resultando más largo de lo que recuerdo. Por más que me arrastro no encuentro la salida. Al fondo se distingue un resplandor. En qué momento la noche se ha convertido en un día luminoso, no lo sé, pero estoy seguro de que faltan horas para el amanecer. Me acerco a la luz y los tambores retumban con más fuerza. Debo estar loco.

Una multitud grita y canta en cuanto salgo del túnel oscuro. No estoy en la loma donde vivía el viejo borracho, sino en lo alto de una pirámide. Abajo danzan unos tipos desnudos con el cuerpo pintado, y entre el humo de copal que arde en los braseros, a cada lado de la



escalinata que desciende, distingo una torre de cabezas descarnadas. Los zopilotes giran en el cielo, alrededor de la luna llena. Parece un sol engullido por la ceniza. No es de noche ni de día. Huele a sangre. La pirámide se estremece cada vez que vibran los caracoles.

Quiero volver al túnel del que salí, cuando delante de mí veo aparecer al viejo paranoico. Siento ganas de reírme, de carcajearme aliviado y pensar que todo es una broma, cuando me exige que le entregue la máscara. La sonrisa boba desaparece de mi cara. Sí, es el mismo viejo, pero emana de él un aire solemne y amenazante. Trae un tocado de plumas de faisán. Unas rayas rojas y negras atraviesan sus mejillas. Abro la mochila. Saco el envoltorio y le entrego con cuidado la máscara.

Veó que trae brazaletes con cuentas de jade. De su pecho cuelga un pectoral con forma de corazón humano, del que escurre sangre fresca. Toma la máscara con aire ceremonial y se la coloca. Después, escucho los gritos de terror de un hombre. Cuando el viejo se acerca al borde de la escalinata, para arengar a la multitud que danza al pie de la pirámide, queda frente a mí una piedra circular, tallada con cráneos, fauces de jaguar y garras de águila.

Sé lo que ocurrirá. Sé lo que le harán a ese hombre. El viejo se vuelve hacia el prisionero, que ya han acostado sobre la piedra circular, sujetándolo de brazos y piernas, y eleva un pedernal de obsidiana. Por un momento la luna llena palidece y una luz grisácea, enfermiza, cubre el cielo.

Antes de hundir el cuchillo en la carne del hombre, el viejo me mira y susurra, con la misma voz rasposa y profunda que tenía en la cantina: «Tlaskamati, masewal».



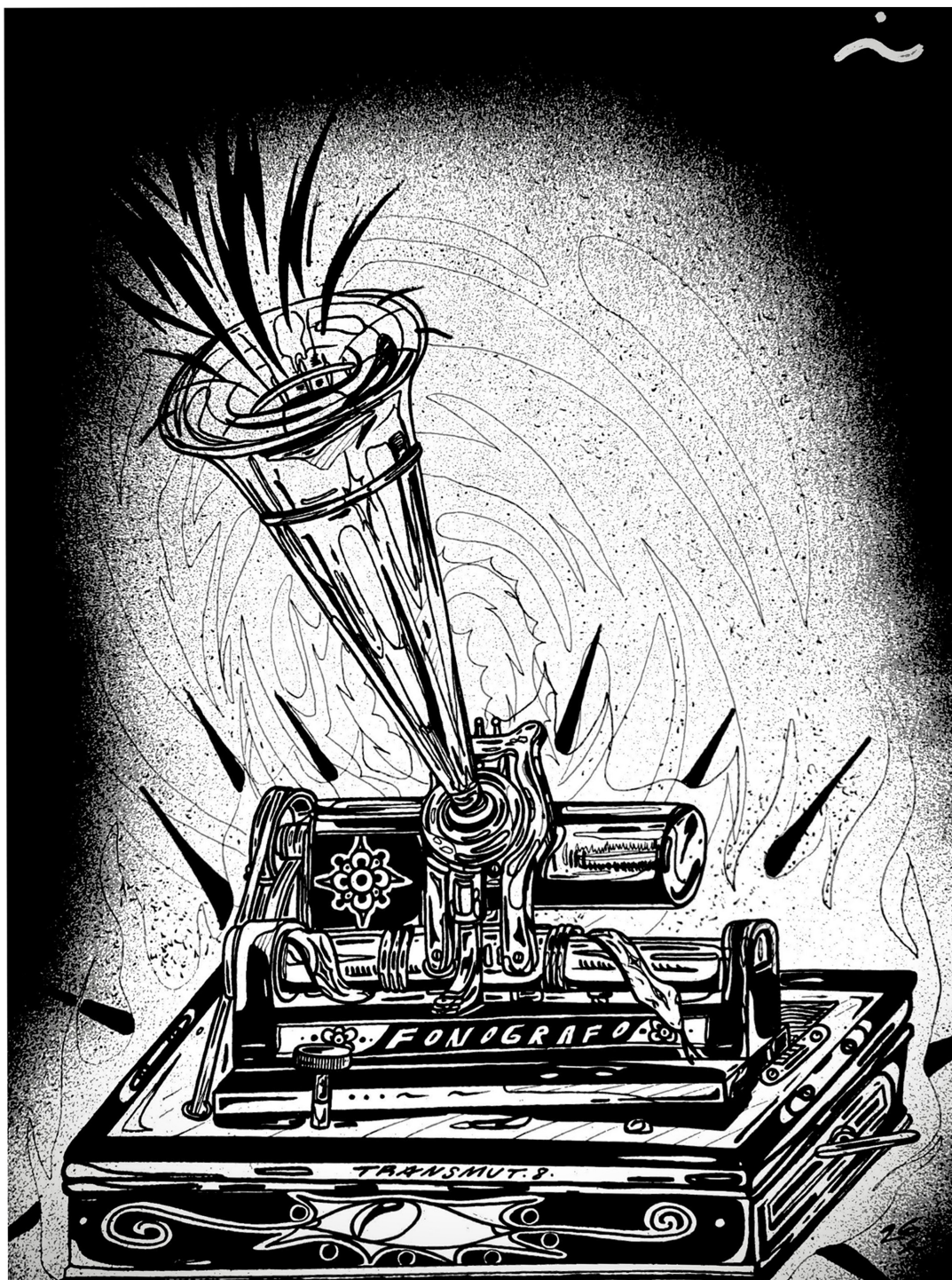


GEORGINA MEXÍA-AMADOR

Nació en la ciudad de México. Es Doctora en Letras por la UNAM. Es tallerista de creación literaria y escritora. Ha publicado sus relatos en medios como Periódico de poesía, Cuadrivio, Penumbria, Ingrávida, Lengua de Diablo, Verso inefable, y ha ganado reconocimientos por algunas de estas publicaciones. Es autora de las novelas *Morir como los pájaros* y *La calle de las valquirias*, y de la obra en colectivo *Los sabores de mi historia*. Ha sido alumna de Alberto Chimal, Alma Mancilla, Efraím Blanco, entre otros.



LA ÚLTIMA GRABACIÓN DE THOMAS W. - AGUSTÍN PABLO JUÁREZ



El fonógrafo llegó a mis manos en el sórdido mercado de antigüedades de Charter Street, entre amuletos deslustrados y dagas de dudosa procedencia. Su caja de roble oscuro, carcomida por el tiempo, albergaba un mecanismo de latón que parecía latir con una luz tenue y enfermiza. El vendedor, un individuo de ojos evasivos y aliento a alcanfor, aseguró que procedía de la colección de Thomas Welby, un pionero del sonido desaparecido en circunstancias... inexplicables en 1893. «Grabó lo inaudible», susurró, extendiendo una mano escamosa por las monedas. Una advertencia velada que mi curiosidad morbosa ignoró.

Instalé el artefacto en mi gabinete de estudio, donde la única luz era la de la luna filtrándose entre los pesados cortinajes de terciopelo. El cilindro de cera que lo acompañaba no llevaba etiqueta; solo un símbolo grabado a navaja: una espiral que terminaba en un ojo estrábico. Al ajustar la aguja, un silbido estático llenó la habitación, como el susurro del viento entre tumbas. Luego, emergió la voz.

No era humana. Imitaba una, sí, pero con la cadencia torpe de un insecto aprendiendo a hablar. Murmuró nombres en lenguas guturales que resonaron en mis huesos como un diapasón siniestro: Yog-Sothoth, Shub-Niggurath. Entre las palabras, un sonido subyacente: el crujido de huesos rotos bajo tierra, el gorgoteo de líquidos innombrables en cavernas sin sol. Sentí un frío que no provenía de la estancia, sino de un vacío abierto dentro de mí mismo.

Las noches siguientes, la grabación mutó. La voz única se multiplicó en un coro de susurros superpuestos, un enjambre de ecos provenientes de un abismo sin tiempo. Hablaban de «los espacios entre las estrellas», de «la carne que espera debajo», y de «la llave que gira en la cerradura del mundo». El símbolo de la espiral-ojo en el cilindro comenzó a rezumar una sustancia aceitosa y negra que olía a ozono y podredumbre marina. Mi estudio, otrora refugio, se transformó en una celda resonante con los ecos de lo Otro. Las sombras se hicieron más densas, palpables; percibí movimientos en los rincones que escapaban a la visión directa, solo formas reptantes al límite de la percepción.

La locura, como un hongo venenoso, echó raíces en mi mente. Las voces no solo emanaban del fonógrafo; susurraban en el crujir de las maderas de la casa, en el goteo de la llave, en el pulso de mis propias sienes. Veía destellos de paisajes imposibles: cielos verdes sobre ciudades ciclópeas de piedra negra, ríos de fango que fluían hacia arriba, criaturas con tentáculos ondeando en una brisa que no era aire. El objeto no era un simple reproductor; era una ventana, una fisura en el velo, y yo, necio, la había abierto de par en par.

La última noche, antes de que mi razón se desvaneciera por completo, reuní fuerzas para una acción desesperada. Tomaría el cilindro, lo fundiría, destruiría ese maldito portal de cera y latón. Mis dedos temblorosos se cerraron sobre el cilindro viscoso. En el instante del contacto, las voces estallaron en un grito unísono, un ulular cósmico que atravesó mis tímpanos como agujas de hielo. La visión fue instantánea y definitiva: vi el verdadero propósito del fonógrafo.



No era para grabar desde este lado. Era un faro, un cebo resonante, diseñado para atraer aquello que acecha en los intersticios, para que Ellos encontraran la frecuencia, el camino hacia nuestra frágil realidad. Thomas Welby no había desaparecido. Había sido tomado, reemplazado por algo que usaba su piel para terminar la obra.

Ahora, mientras escribo estas líneas bajo la luz parpadeante de una vela, el fonógrafo guarda silencio. Un silencio peor que los susurros. Es el silencio del cazador agazapado, de la puerta entreabierta. Las sombras ya no solo reptan; respiran. Siento sus miradas sin ojos sobre mi nuca. El cilindro, en su soporte, brilla con ese aceite negro que parece expandirse. Ya no intentaré destruirlo. Sé que es demasiado tarde. Solo espero que, cuando Ellos terminen de pasar a través de esta maldita máquina, mi desaparición sea tan completa como la de Welby. Quizás, en la quietud infinita del no-espacio que aguarda, encuentre finalmente el silencio... o quizás solo sea otra voz más, añadida para siempre al coro de los condenados que susurran en el umbral.

El fonógrafo acaba de encenderse solo. La aguja se posa sobre la cera negra. El primer susurro rasga el silencio. Tiene mi voz.





AGUSTÍN PABLO JUÁREZ

Nació en Chetumal, Quintana Roo. Sus textos han sido publicados en las antologías *Chetumal en cien palabras* vol. 1 y 2, *Mezcal y amor*, *Q36 Antología poética Quintanaorrense*. Obtuvo mención honorífica en el concurso nacional de poesía *Refugiarse en versos*.



NOM OMNIS MORIAR - ABRAHAM CAMPOS NAVA



El nitrato de plata flotaba en el aire del taller en partículas invisibles, mientras sobre las paredes colgaban fotografías reveladas, sus tonos rojizos iluminados por la tenue luz del cuarto. Afuera, una placa oxidada anunciaba el lugar: Taller de Fotogramas Perdidos.

El timbre sonó con un quejido lastimero, acompañado por el llovizno gris que se extinguía sobre los adoquines agrietados. Leo se acercó a la puerta con pasos cortos y arrastrados. Tras un breve intercambio de palabras, regresó a su lugar.

—¡Elara! —gritó con urgencia—. Tienes un paquete, ven.

—Joder, Leo, ¿no ves que estoy ocupada? —respondió ella, acercándose al mostrador.

Leo, con gesto inocente, esbozó una sonrisa que pareció resquebrajar sus labios agrietados. Extendió sus brazos delgados como ramas hacia el sol imaginario. Elara, con las manos manchadas de revelador, tomó la caja de madera y trazó una sonrisa leve mientras observaba las vetas de la madera. La sostuvo con delicadeza, como si llevara a un bebé frágil a su cuna, y la colocó con cuidado en un rincón. Encendió una pequeña lámpara, respiró hondo y dejó que su curiosidad la invadiera.

Al abrir la caja, entre el aserrín, apareció un daguerrotipo del siglo XIX.

—«Odgar» —leyó Elara en voz alta, observando el nombre grabado en el marco de cobre. Algo en esa palabra la hipnotizó por unos segundos. Cuando pasó su dedo por el borde metálico, la lente de cuarzo pulsó con un destello púrpura, como si respirara. Un tintineo sutil llenó la habitación, atrayendo la atención de Leo, quien mordisqueaba una manzana con deleite.

—Otro juguetito para tu lúgubre colección de fantasmas —dijo Leo, escupiendo un trozo de manzana al suelo.

Elara miró el pedazo de fruta cubierto de saliva, inmóvil sobre las tablas del piso. Se sujetó el cabello largo, enredándolo entre sus dedos, mientras su mirada se perdía en el vacío, tratando de descifrar el enigma del artefacto. Volvió a acariciar el marco y lo sintió: un latido. En su mente, un destello de claridad cruzó como un relámpago.

—Posa —ordenó Elara.

Leo, con gesto incómodo pero conocedor del carácter de su jefa, encorvó los hombros y se sentó en un banco al centro del estudio. Elara ajustó el trípode y, de pronto, recordó el trozo de manzana en el suelo. Se acercó a una canasta de mimbre, tomó una manzana verde y se la lanzó a Leo, quien la atrapó torpemente, casi dejándola caer.



—Cómela —dijo Elara con frialdad, colocándose detrás del daguerrotipo.

Leo mordió la fruta jugosa, dejando escapar un hilo de saliva por su mentón mientras hacía muecas cómicas.

—Deja de hacer tonterías. Ya tomé la foto.

El revelado tomó el doble de tiempo habitual, haciendo dudar a Elara sobre su técnica. Pero cuando la imagen emergió, sus ojos se abrieron en asombro. El vaso de agua que sostenía se estrelló contra el suelo, explotando en fragmentos irregulares que saltaron hasta sus zapatos. El ruido alertó a Leo, cuyo corazón se aceleró al ver la reacción de su jefa.

En la placa, dos Leos coexistían en una simbiosis imposible.

Estaba el Leo real, sonriendo con la manzana intacta. Pero también había otro Leo: asqueroso, de piel grisácea y ojos vacíos como los de un cadáver. La manzana en su mano estaba marchita, devorada por gusanos blancos y amarillentos que parecían retorcerse dentro de la fotografía.

—Joder... —Leo retrocedió—. Parece que me sacaste el alma en un mal día.

—Parece una doble exposición, imágenes superpuestas... pero en este aparato, eso no debería ser posible.

—Entonces, ¿por qué siento que me arrancaron algo?

—Basta. Cerramos por hoy.

Al día siguiente, una mujer mayor, vestida de negro y con el semblante de la muerte, entró al taller.

—Necesito una foto para el funeral de mi padre —dijo la Sra. Valeria, ajustando su reloj dorado, cuyas manecillas habían desaparecido.

Elara y Leo se miraron con complicidad, ambos compartiendo las mismas dudas: ¿Cuántos años tendría el padre de esa anciana? ¿Y por qué ajustaba un reloj que ya no funcionaba? Un aura macabra envolvía a la mujer.

Cuando buscaron a la Sra. Valeria, la encontraron inmóvil, como una estatua de carne arrugada, sus ojos desorbitados fijos en el daguerrotipo.

—Quiero una foto del cuerpo de mi padre con esta cámara. No importa el precio —dijo,



señalando el artefacto con una mano llena de manchas hepáticas y anillos de piedras preciosas.

—¿Se refiere a fotografiar el cadáver de su padre? —preguntó Elara.

—Claro. Y lo repito, señorita: no importa el precio.

Al llegar a la capilla de la funeraria, Leo preparó el equipo mientras Elara dudaba. ¿Y si el artefacto volvía a hacer una doble exposición? La Sra. Valeria podría enfurecerse, arruinando su reputación. Sus manos temblorosas no dejaban de sudar, aunque sabía que otros clientes pagarían la misma obscena cantidad.

Un sacerdote se acercó a Elara, su sotana negra rozando el suelo. Llevaba una sonrisa ilusoria, teñida de hipocresía.

—Hija mía, veo que algo te aqueja. Ese semblante de miedo y ansiedad... lo he visto tantas veces en el rebaño del Señor. Dime, ¿cómo puedo ayudarte a expiar tus pecados?

Elara clavó sus pupilas en los labios del hombre. Le hipnotizaba cómo de ellos brotaban palabras que, en otras circunstancias, habrían calmado corazones afligidos.

—Eres la fotógrafa, ¿verdad? Seguramente es tu primera vez retratando la muerte. Pero no temas —continuó el sacerdote—. Ese féretro es solo el símbolo de que dejamos atrás el cascarón para alcanzar la gloria del Señor. Respira tranquila.

Era cierto: era la primera vez que fotografiaba un cadáver. Cuando reaccionó, el sacerdote ya estaba junto a la Sra. Valeria.

Elara inhaló hondo y tomó la foto con el daguerrotipo. Esperó. Cuando la imagen se reveló, lo imposible surgió: la cámara había captado a la Sra. Valeria, desaliñada y con verrugas en la nariz, estrangulando a un anciano de barba blanca.

El silencio se apoderó de la sala. Luego, los murmullos estallaron. La Sra. Valeria gritó:

—¿Qué maldita broma es esta? ¡¿Por qué esa mujer podrida que se parece a mí está estrangulando a mi padre?!

Elara guardó silencio. El cura intentó consolarla.

De regreso al taller, Elara encendió la televisión y abrió una cerveza. Leo guardaba el equipo en silencio. En el noticiero nocturno, una nota anunciaba que una anciana había estrangulado a su padre. El forense confirmó marcas de dedos en el cuello del difunto.



Esa noche, ebria de miedo y mezcal, Elara se fotografió a sí misma a las 3:33 a. m. La imagen mostraba a su doble: ojos negros como tinta, cabello flotando como si el viento lo agitara, un cuchillo en mano. En su muñeca, un corte abierto sangraba. Apuñalaba a un hombre de espaldas. Reconoció el lugar: el callejón de Lucía, a dos cuadras del taller.

Gritó a Leo que llevara el trípode. Al llegar, encontró el mismo cuchillo de la foto, enterrado en la tierra. Al tocarlo, una voz susurró en su mente: «Todas las heridas son autógrafas».

Instó a Leo a fotografiarla con el arma. Al revelar la imagen, su doble apareció detrás de Leo, sosteniendo el daguerrotipo. Cuando Leo miró hacia atrás, comenzó a desintegrarse: su piel se volvió translúcida, sus huesos, cristalinos. Sus gritos llenaron el aire.

Elara huyó al taller y pasó la noche en vela, escondida bajo la cama.

Al amanecer, la furia la consumió. Con un martillo en mano, regresó al callejón. Allí estaban el trípode, el daguerrotipo y la chaqueta de piel de Leo sobre la tierra. Sus ojos ardían mientras golpeaba el artefacto con frenesí, reduciéndolo a fragmentos.

Una fría mañana, un paquete anónimo llegó a sus manos. Al desenvolverlo con dedos temblorosos, el daguerrotipo yacía intacto, como si nunca hubiera sido destruido. La fotografía en su interior mostraba su cama desocupada, pero lo que clavó el frío en la médula fue el cuchillo en el suelo, ahora manchado con sangre reciente. Una punzada en su muñeca la llevó a descubrir el mismo corte que su doble había mostrado. Y cuando alzó la vista al espejo, su reflejo —por primera vez— parpadeó independientemente de ella.





ABRAHAM CAMPOS NAVA

Ha publicado en la *Antología de cuento hidalguense*, *Flores que solo abren de noche*, *Mentes corroídas*, entre otras.



SI ESTE LADRILLO ABRIERA LA BOCA... (1973) - VLAD MARTÍNEZ CRUZ



Todo inició con la lectura del testamento de tía Adelaida, una pariente lejana. Éramos los últimos de la estirpe y jamás tuve la decencia de cultivar su trato. Cuando me supe dueño de la casa que la viera morir, sentí una inquietud afín a la vergüenza. Demoré la visita por largos días, pero acabé cediendo.

En esa ocasión, provisto del manajo de llaves, abordé un trole rumbo al antiguo barrio de X. Me recibió un limbo de edificios y chalés en construcción. Debí sortear charcos y volcanes de ripio durante una hora hasta dar con la dirección correcta.

La casa, de estilo colonial, ocupaba una esquina. Pese a ser corpulenta, se caía a pedazos. Contrario a lo que temía, la oscuridad del interior no era intransitable: hileras de haces dorados daban aspecto de cebras a una manada de muebles rotos, cubiertos por periódicos.

Di vueltas por la planta baja sin hallar nada de interés. Era obvio que las paredes no aguantarían los próximos temblores. Los fragmentos de sol poniente resaltaban el moho del papel tapiz.

—Bonita broma, tía Ade —dije en voz alta—. Y ahora, ¿con qué lana resucito este cadáver? Al menos ven a sugerirme un par de soluciones, ja ja.

Me cansé de tragar polvo. Ya estaba por salir cuando escuché el rumor. Provenía del piso de arriba, que aún no exploraba.

Para mi asombro, la escalinata resistió mi peso sin crujir. El sonido se repitió. Pasé revista a una secuencia de recámaras hasta columbrar, donde el pasillo cobraba visos de túnel, una claridad humeante. Se respiraba una atmósfera de caca y copal. Saqué mi navaja y empujé la puerta.

Había tres invasores: un viejo y dos mujeres. La más joven arqueaba el cuerpo para sostener un incensario en su vientre desnudo. La otra vestía de negro y llevaba un velo que eclipsaba sus facciones. Danzaba como en trance alrededor de la contorsionista.

El viejales rezaba con voz llorosa y en sus jaculatorias confluían la súplica, la orden y la amenaza. Aunque bajito y panzón, no inspiraba simpatía: semejaba un sosias canalla de Joaquín Pardavé. El traje gris, de auténtico casimir, le quedaba grande.

—¡Órale, alebrijes! —grité—. ¡Jalen pa' fuera!

Sobresaltado, Pardavé me dedicó una ojeada que combinaba la ira y el pasmo. Su bigotón empezó a temblar.

—¡Qué barbaridad, joven! —siseó—. ¿A santo de qué nos interrumpe? ¡Es igual de aguafiestas



que la difunta dueña!

Fue mi turno de quedar alelado.

—Usted y sus pirujas se largan —dije—, o no respondo.

El ruco se alisó la corbata con dignidad, barbilla al cielo.

—¡Más respeto! —protestó—. Lo que hacemos es justificable. Nomás falta dar el tirón que aflojará las ataduras del bloque. Tal vez ya no sea necesario, pero debemos asegurarnos y eso demanda concentración. ¿Quiere dinero? Le haré un cheque para que se esfume.

Su altanería colmó mi paciencia. Blandí la navaja y le señalé el pasillo.

Él me miró feo, se alzó de hombros y sofocó el pebetero. La enlutada cubrió a la saltimbanqui con una gabardina. Desfilaron ante mí con su peste infernal.

Los escolté hasta el portón. Pardavé se detuvo un instante y, fijando en mí sus pupilas lechosas, susurró:

—Te conviene que el ladrillo sea expulsado de esta casa. Pronto veremos si cambias de opinión. ¡Abur, mequetrefe!

Se caló un sombrero de fieltro y alcanzó a sus acólitas en tres saltitos.

Esa noche decidí mudarme a la casona, siquiera por unos días, para evitar incursiones clandestinas.

* * * *

A la mañana siguiente contacté al albacea de mi tía.

—Licenciado, ¿Adelaida tenía vínculos con alguna congregación? —inquirí.

Me miró con perplejidad.

—¿A qué se refiere?

—Como tantas señoras mayores —continué—, ¿pertenecía a una cofradía religiosa, o algo así?

Balanceando su sillón, el albacea lo pensó con detenimiento.



—En realidad, no —declaró por fin—. Desde que le amputaron la pierna a causa de su diabetes, vivía aislada. Sin embargo, hace años la engatusaron unos pícaros que buscaban reliquias del Segundo Imperio. Gente rara, eh. Iban y venían por la propiedad descaradamente. Con el tiempo doña Adelaida recapacitó y acabó corriéndolos con ayuda policial, justo cuando ya planeaban dismantelar el inmueble.

—¿Usted los conoció?

—No —dijo el hombre—. Sólo sé que los lideraba alguien con un copioso sumario de fechorías: cierto Agripino Aburto, oveja negra de una familia pudiente que prefiere pagarle para que se mantenga alejado, ¡y con razón!

Deduje que hablaba de Pardavé.

* * * *

Los días posteriores a mi mudanza fueron tranquilos. Dormía en la sala. Me alumbraba con velas. Pronto me amoldé al panorama aural nocturno.

El murmullo comenzó a la cuarta o quinta madrugada.

Pensé que sería una tubería dañada, pero no gozaba de agua corriente. Luego descarté un origen externo, pues las vibraciones se disipaban en los jardines.

Al cabo de la semana, a las 2 a.m., algo me despertó. Contuve el aliento. El murmullo seguía: integraba palabras, delirios de cíclope idiota al fondo de un cenote. En un santiamén recobré el letargo.

Soñé que un teléfono timbraba en la sala. Yo recorría a gatas el perímetro sin encontrar el aparato. Al final, transido por la angustia, grité al vacío: «¿Bueno?».

El tono en que respondieron era altivo y burlón.

—¿Qué hubo, mequetrefe? —silabeó aquella oleada de miel venenosa—. ¿Lo ves? El ladrillo saltó de su nicho y ya empezó a importunarte. Ahora vas a saber lo que es bueno. Mejor deja que llegue, ¿eh? Me lo llevaré y asunto concluido.

El frío y la cólera me atrincaron. Aullé:

—¡Váyase a...!



Sonó una risita afectada, como de solterón aficionado a carbonizar pajaritos.

Recobré la conciencia de sopetón. Miré en torno.

Había sufrido una crisis de sonambulismo. Me encontraba en una zona del caserón que rehuía con fervor: el sótano. Un sol temprano se colaba por la trampilla. El murmullo era atronador.

Sin entender lo que pasaba, posé un dedo en el muro y me adentré en la penumbra, estudiando los desniveles de la superficie. Al cerrar el trayecto, volví sobre mis huellas, aunque esta vez creí adecuado hacerlo de espaldas.

Al cabo tropecé con un bulto que no estaba allí antes. Era un bloque de argamasa. De uno de sus lados emergía un tubito que liberaba una corriente de aire pútrido.

Para entonces, el estrépito ya había cesado.

Regresé a la sala con aquel adefesio. Comprobé que tenía fisuras. Metí mi navaja en una e hice palanca. El mazacote se partió con módica facilidad. Forcejeé un rato hasta liberar su contenido: una esfera de metal, grande como un melón y muy liviana. Su único rasgo era el tubo.

¿Eso buscaba Aburto/Pardavé? Tomé la cosa y la sacudí con energía. Algo cascabeleó en el interior.

Llamaron a la puerta. Pensé que sería otro sueño. El toquido se repitió. Acudí con desconfianza. Noté que deslizaban una nota por debajo de la hoja. La recogí y me apliqué a descifrar su caligrafía Palmer. Decía:

Tienes en tus manos el relicario con la cabeza momificada del Niño Melecio, un místico asesinado en 1866 por disidentes juaristas a la tierna edad de once añitos. Unos presos le vendieron el globo a una dama de compañía de la Emperatriz, fanática de las nacientes veladas espíritas.

Melecio era popular en las sierras del Sur por «escupir ánimas» y por desdoblarse. Se daba a querer sin dificultad. La aristócrata quería usar la cabeza en una séance, pero a Carlota le repugnó la idea y la obligó a deshacerse del juguetito. Me tomó décadas rastrearlo, pues ha recorrido varios estados. Terminó en casa de Adelaida por accidente y le deparó enfermedad, ruina y locura.



El Niño suele permanecer adormecido. Si lo espabilan, el restablecimiento de sus facultades es gradual. Anda, mequetrefe: ¡entrégamelo! Te recompensaré, pues hay quien está interesado en emplearlo y no escatimará recursos. Recuerda: por tu propio bien, ¡no agites el relicario! Eso sólo desmandaría...

Alarmado, miré la esfera una vez más: ¡el cascabeleo volvió a mi memoria! Arrojé aquel artefacto maldito con una sábana y me dispuse a lanzarlo por la puerta.

Por puro azar, capté una presencia en la cima de la escalinata.

Parecía fugada de un daguerrotipo atacado por el ácido. Estaba inmóvil, desmedrada tras meses de inmersión telúrica. Las greñas en desorden, blanquísimas, le borraban la cara. Vestía un traje floral y, de milagro, se sostenía en una sola pierna.

Enseguida sucedió lo imposible: dio en bajar a saltos, peldaño a peldaño, sin aferrarse a la balaustrada. Retrocedí con mi carga en brazos y apreté los párpados.

El soplo gélido me avasalló de costado. Unos deditos huesudos sujetaron mi muñeca. Era un pedido de atención, un gesto de escuincle que espera elogios por un acto extraordinario.

Su insistencia resultaba inapelable, así como el olor a carroña súbitamente destapada. Me obligó a virar el torso en su dirección, pero mantuve mi táctica de vista vedada, rehuendo a toda costa el espectáculo de otro cuerpo incompleto y ambulante en aquella mansión de sombras casi vivas.



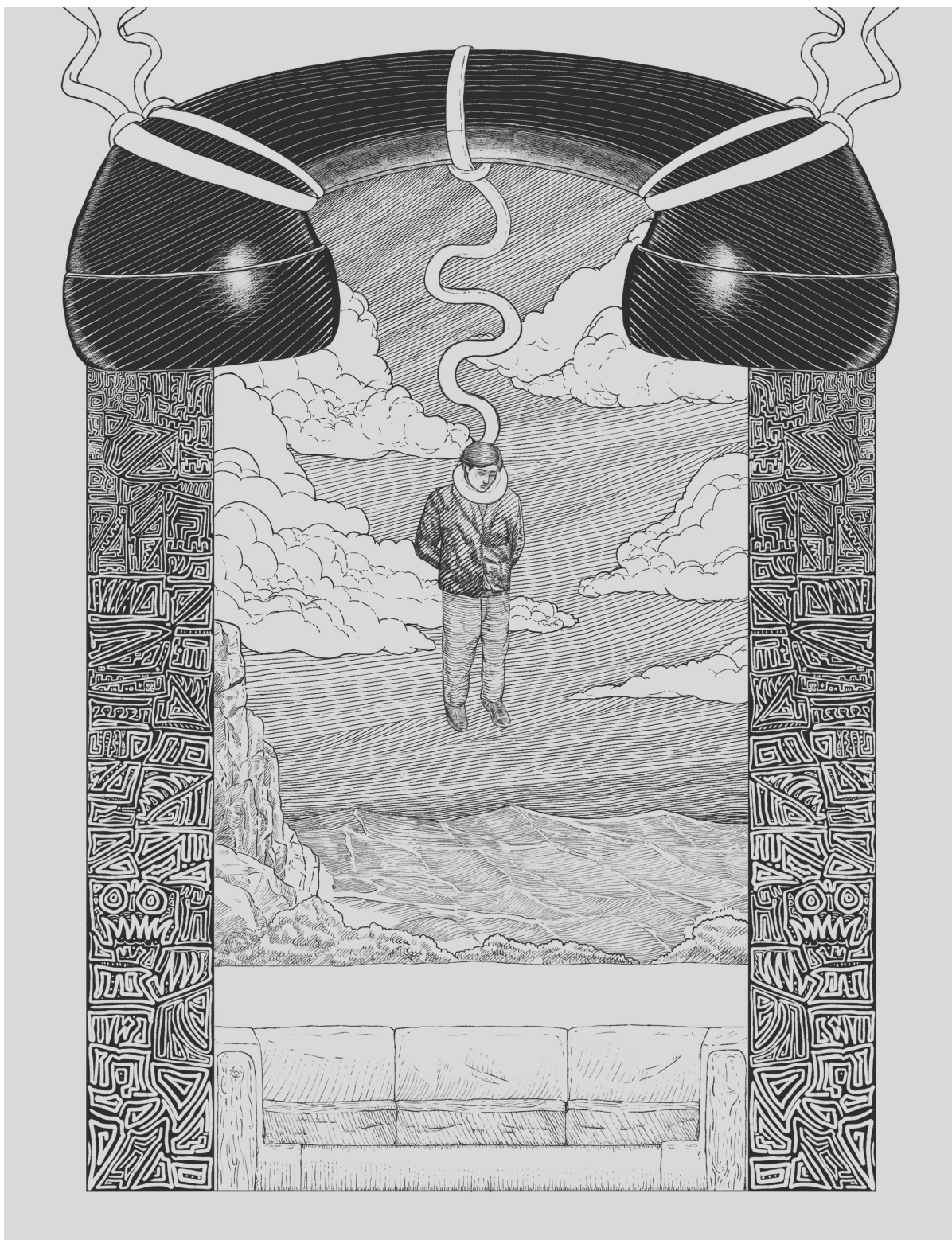


VLAD MARTÍNEZ CRUZ

(El Salvador, 1970). Creativo publicitario en sus ratos libres, ex poeta, cinéfilo sin complejos. Ha publicado cuentos en las revistas Anapóyesis: Literatura, Arte y Cultura, Teoría Ómicron, Penumbria, Alas de Cuervo, Planetas Prohibidos y El Axioma.



UN SAN VALENTÍN MUY ESPECIAL - JUAN FRAN NÚÑEZ PARREÑO



Lleva todo el día lloviendo a mares y soplando un frío viento con gran fuerza. Hace una noche de perros en este domingo catorce de febrero, día de San Valentín, día de los enamorados. Pareciera como si alguien, o algo, controlase los elementos del clima y, muy enfadado, los hubiera puesto todos en modo odio para, desde el cielo hasta el suelo, traer un infierno a esta parte de la Tierra.

Jaime está en casa, sentado en el sofá del salón, leyendo, mientras escucha como el viento y la lluvia golpean con furia los cristales de las ventanas.

Una llamada de teléfono interrumpe su lectura. Deja el libro sobre la mesita que tiene frente a él y se levanta para coger el teléfono fijo que está en el mueble de la televisión.

— Dígame.

Una voz muy dulce de mujer responde al otro lado del aparato:

—Hola Jaime, feliz día de San Valentín.

—¿Quién es? —pregunta él, entre desconfiado y sorprendido pero sonriendo.

—¿Es que no me conoces cariño? Con las cosas que hemos vivido juntos en el pasado —dice ella de forma melosa.

— ¿Esto en una broma o qué? ¡Dígame quién es o cuelgo ahora mismo! —le responde él, comenzándose a enfadar con la misteriosa interlocutora.

—Tranquilo corazón, no te alteres, ya tendrás tiempo de ponerte nervioso. ¿Recuerdas lo que ocurrió tal día como hoy hace justo siete años? ¿Recuerdas lo que hiciste? ¡¿Recuerdas lo que hicisteis tu amante y tú?!

Jaime se queda paralizado, con el teléfono apoyado en su oreja, con los ojos y boca abiertos, mostrando una genuina imagen de terror.

—Soy Alejandra, tu exesposa, la mujer que tanto te amó, la que te hizo rico ¡cuando me mataste y cobraste el millonario seguro de vida que tenía suscrito y cuyo único beneficiario eras tú! ¡Tú y tu amante Ana, mi mejor amiga desde la infancia, lo planeasteis todo, asquerosos asesinos! ¡Erais las dos personas que yo más quería y me traicionasteis!

Al oír esas palabras, todo el cuerpo de Jaime se pone a temblar y su frente a sudar. La voz femenina del teléfono le sigue hablando:



—Aquella noche me vendaste los ojos y me subiste al coche para darme una sorpresa bajo la luz de la luna, ¡me dijiste que iba a ser un San Valentín muy especial, cerdo mentiroso! Sin embargo, me llevaste a los acantilados de Maro, cerca de nuestro pueblo, Nerja, ¡y me empujaste al vacío simulando que había sido un suicidio! ¡Con lo que yo te amaba! Te ayudó Ana escribiendo la carta de despedida, falsificando mi letra que conocía e imitaba a la perfección desde el colegio. Aunque enterraron mi cuerpo allí, en el pueblo, mi alma no ha descansado hasta encontrarte aquí, en México. ¿Pensabas que te ibas a salir con la tuya? Me ha costado siete años, pero al final te he encontrado.

Casi no le salen las palabras de la impresión que tiene, pero haciendo un enorme esfuerzo, con voz entrecortada y elevando el tono, logra decir:

—¡No puede ser! ¡No es posible! ¡Pero si yo te vi caer al acantilado! ¡Yo mismo te empujé! ¡Vi tu cuerpo sin vida y vi cómo te enterraban en el cementerio! ¡Estás muerta!

—Estoy muerta porque tú me mataste. Viste cómo enterraban mi cuerpo, pero mi espíritu te ha encontrado —le dice con un susurro casi inaudible. Tras una risa macabra sigue diciendo:

—Sé que eres padre de dos preciosos hijos, una parejita. Conmigo no quisiste tener ningún hijo en los dos años que estuvimos casados. Si no quieres que les pase nada a tus niños, tienes que pagar por el despiadado crimen que cometiste conmigo. Ahora mismo, sin decir nada a tu mujer, vas a ir al acantilado de La Quebrada, que está aquí, en Acapulco, la ciudad en la que vives ahora, y te vas a tirar desde lo más alto. Te estaré vigilando, y si no haces lo que te digo, tal y como te lo digo y antes de la medianoche, te prometo que haré sufrir y te quitaré lo que más quieres: torturaré y mataré a tus dos hijos. Puedo hacerlo en el momento y en el lugar que quiera; soy un alma errante, un alma en pena que no descansará hasta vengar mi cruel asesinato; en esto me convertiste y ya no puedes hacerme nada. Como ves, también tú vas a tener un San Valentín muy especial. ¡Pagarás con tu vida para salvar las de tus hijos!

Y tras decir estas palabras sentenciadoras y aterradoras en un tono muy alto y autoritario, corta la llamada.

No le queda otra salida a Jaime que hacer lo que le ha dicho el espíritu de su difunta esposa, así que sin decirle nada a Ana, su actual mujer y la que fuera mejor amiga de Alejandra, con lágrimas en sus ojos y temblándole todo el cuerpo, coge las llaves de su coche para dirigirse al acantilado de La Quebrada, punto desde el que se lanzará al vacío para acabar con su vida. Fue muy injusto lo que le hizo a su entonces esposa junto con su mejor amiga, y todo por dinero. En el fondo comprende y acepta con resignación lo que le ha dicho; más que por él, esto que va a hacer por sus hijos. Por salvar a sus niños es capaz de cualquier cosa, hasta de matarse.



Después de contemplar cómo se tiraba desde lo más alto del acantilado, tal y como le había dicho, y disfrutar al ver cómo se despeñaba su cuerpo en las rocas, el espíritu justiciero de Alejandra se siente satisfecho, de momento, al haber sido cumplidos sus deseos respecto a su exmarido. Ya está más cerca de completar su venganza y dejar de errar penosamente, como los últimos siete años, buscando a sus verdugos, y así poder, al fin, descansar para toda la eternidad.

De nuevo suena el teléfono en casa del ya muerto Jaime. Son casi las doce de la noche de este día de los enamorados. Una voz de mujer contesta:

—Dígame.

—Hola Ana, feliz San Valentín. ¿Sabes quién soy? —le dice el espíritu de Alejandra.

—No, no sé quién eres —responde Ana entre sorprendida e incrédula.

—Soy tu vieja amiga Alejandra, ¿me recuerdas?, la exesposa de tu marido Jaime, a la que los dos planeasteis matar para cobrar mi seguro de vida y luego, juntitos, disfrutar de esos millones de euros en esta bonita ciudad mexicana de Acapulco, ¡repugnantes traidores! Te llamo porque vas a tener un San Valentín muy especial, igual que lo acaba de tener tu querido Jaime.





JUAN FRAN NÚÑEZ PARREÑO

(España, 1972). Ha participado en varias antologías nacionales e internacionales. Ha publicado varios libros de poesía.



ENCICLOPEDIA MONITOR - RODRIGO TORRES QUEZADA



Cuando mi tío Esteban estaba agonizando en su casa, y todos como familia le rodeábamos para que se sintiera acompañado en sus momentos finales, agarró mi brazo y pronunció en murmullos un número: 1674. Observé a los demás para cerciorarme si habían escuchado lo mismo. Pero no. Solo yo lo escuché. Tras esas palabras, el tío Esteban dejó este mundo. Por muchos días tuve ese número en la mente, pero dejé de pensar en él hasta que me llamaron para entregarme la herencia que el tío me había dejado. En un principio fantaseé con que pudiese ser dinero, pero el tío era un hombre humilde que difícilmente habría juntado en vida mucho capital. Por ello no me sorprendí cuando me entregaron una caja con libros. Ya en mi casa, hojeé unos cuantos para saber de qué se trataban. La mayoría versaba sobre asuntos de ciencia o cultura. Había quince libros gruesos. Era una colección llamada Enciclopedia Monitor, una especie de google de los años 70. Todo era tan antiguo que incluso sentí una nostalgia extraña acerca de las cosas que nunca viví. Pero fue luego de recibir esta herencia, en apariencia anecdótica, que comenzaron a suceder cosas desagradables en mi vida.

El mismo día luego que recibí los libros, sentí un vehículo frenar de forma brusca en la calle. Salí asustado a mirar qué pasó: una vecina había muerto atropellada. Esto, que de por sí era terrible, tenía el agravante que la mujer, según me contaron sus sobrinos después, venía en dirección a mi casa a dejarme un pastel como consuelo por mi duelo. Me sentí culpable de lo que había pasado. Intenté no darle más vueltas al asunto. Al día siguiente al haber recibido la herencia, camino hacia mi trabajo, fui asaltado. Lo terrible es que no me quitaron dinero sino mi maletín donde llevaba importantes documentos que debía presentar a mi jefe. Producto de esto, y a pesar de las explicaciones que di, me despidieron. La situación ya me estaba exasperando. Estaba en el límite de lo ridículo. Pero el tercer día luego de la herencia, ya las cosas se pusieron demasiado oscuras. Comencé a tener ronchas extrañas en mi piel. Una sensación rara, como si me bajara la presión, se apoderó de mí. Tenía dificultades al respirar. Un aire ácido y caliente salía y entraba a mis pulmones. Luego de ir a hacerme los exámenes correspondientes, el doctor se cruzó de brazos y me dijo: «Según esto, estás bien. No sé qué es lo que tienes».

Pasaron dos semanas y no había día en que no sucediera algo. Me sentía tan extraño. Pero hasta ahí nunca quise asociar mi drama con la herencia de mi tío. Se me antojaba ridículo pensar en algo así como una «maldición». De todas formas, le pedí ayuda a un amigo místico, o que tenía conocimientos de esoterismo. Lo primero que hizo fueron unos movimientos de manos sobre la caja con los libros.

—No percibo nada raro.

Luego los sacó de uno en uno. Pero rápidamente los fue dejando a un lado.

—Lo ideal sería encontrar algún texto que tuviese que ver con demonios o entidades de otros planos... Pero aquí no hay nada. Estas enciclopedias, por ejemplo, distan mucho de ser



«satánicas».

Coloqué un rostro de confusión.

-Como sea, mi tío era una persona demasiado tranquila. Jamás habría experimentado con cosas fuera de este mundo. ¡Mucho menos con demonios!

Mi amigo se llevó una mano a la barbilla. Observó largo rato el conjunto de libros. Movié la cabeza hacia los lados.

—Lo único que se me ocurre es...

—¿Qué cosa?

—A veces algo nos infunde tal terror que lo podemos dotar de vida. Por ejemplo, imagínate que alguien le tuviese miedo a los árboles. Cada día de su vida viviría pensando en que están ahí para causarle daño. Entonces evitaría plazas y bosques. Su miedo sería tan grande que crearía un imaginario en torno a esto. Pero a veces sucede que dotamos de poder a cosas que no se ven o en apariencia no existen. A estas últimas se les llama tulpas... ¿Qué pasaría si te dijera que quizás tu tío te heredó algún miedo? Un miedo que él, de seguro, materializó.

Me quedé mirando un rato los libros. Sonreí. Era imposible. ¿Acaso mi tío le tenía miedo a los libros?, pensé. Antes de irse, le agradecí a mi amigo su ayuda y explicaciones. Pero la verdad, es que yo seguía con la misma angustia y desesperación de no entender qué estaba pasando en mi vida.

A la tercera semana de recibir la herencia, apenas podía moverme. Sentía mi cuerpo casi destruido. De pronto, mi amigo místico me llamó:

—Antes de morir, ¿tu tío Esteban te dijo algo?

—¿Algo? Sí, sí. Me dijo un número. ¿Cómo era? Ya recuerdo: 1674. ¿Por qué lo preguntas?

—Anoche soñé algo horrible. Algo me visitaba y me devoraba el cuerpo por dentro. A medida que lo hacía, nombraba a tu tío. Y a ti.

—¿En serio? ¿Pero qué cosa era esa?

—No puedo describirla... Ahora, toma cada libro y busca la página 1674. ¡Hazlo ahora, ya!



De pronto, mi amigo dio un grito. La comunicación se cortó. Aterrorizado, fui hasta la caja con los libros. Tomé de inmediato las enciclopedias, ya que era improbable que los libros pequeños tuvieran tantas páginas. La Enciclopedia Monitor estaba dividida en quince tomos. El número cuatro, en cuyo lomo decía CAS-COSTA, correspondía con la numeración del 1600. Abrí la página 1674. ¡Y sentí algo terrible en el estómago! Ahí, en aquella página, estaba la fotografía de una extraña figura, demasiado incómoda de ver por mucho rato. Bajo ella estaba escrito: El refinamiento de la cosmética entre los antiguos egipcios es evidente en esta máscara funeraria de la época tolemaica. De pronto, el rostro de la figura movió los ojos. Solté el libro y este cayó al suelo. De inmediato fui a mi patio y con un fósforo encendido le prendí fuego. Desde entonces, mi enfermedad se fue. Encontré trabajo. Y mi vida recuperó su normalidad. Sin embargo, hasta hoy me pregunto ¿qué era en realidad aquella imagen tan horripilante?





RODRIGO TORRES QUEZADA

(Chile, 1984). Ha publicado varios libros de narrativa. En 2024 obtuvo una beca de creación literaria.



INVITADO ESPECIAL DE ESTA EDICIÓN



GERARDO LIMA

Poeta y narrador mexicano. Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla upaep. Cursa la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Tlaxcala uatx.

Autor de dos libros. Obra suya forma parte de dos antologías. Ha colaborado en algunas revistas, digitales y físicas, como Ágora, Playboy México y el portal Letrarte. Ha ganado el Premio Estatal Dolores Castro de Poesía 2014, el Premio Estatal Dolores Castro de Narrativa 2017 y el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri 2018

Ha sido becario del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico pecda de Tlaxcala 2013 así como del Programa Jóvenes Creadores 2016-2017 del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

LA BIBLIOTECA DE LAS VIDAS IMPOSIBLES



Estaba cansada de esperar una respuesta. La beca decía que era beneficiaria de una tableta para realizar mis tareas de investigación. Pero había un problema, o eso decían las secretarías con su mirada de sopor e intolerancia. “Ya le dijimos que debe esperar una respuesta oficial”. “Sí se le otorgará el aditamento tecnológico, sólo que su solicitud se traspapeló durante el archivo de la documentación y el otorgamiento tardará un poco más”. “No debe preocuparse, le notificaremos cuando pueda recogerla”. “Mientras tanto, puede acceder por medio de la aplicación de escritorio para solicitar su pase a la Biblioteca Palafoxiana”. Por supuesto, pensaba, esto me lo hacían porque soy tlaxcalteca, porque deseaba “aprovecharme” de las oportunidades que brinda su estado, y por ello no querían darme el acceso a la biblioteca, como si siguieran pensando que mancillaría las obras que necesitaba para sustentar mi tesis.

Me aceptaron en el Doctorado de Literatura Hispanoamericana, con especialidad en paleografía, y yo no cabía de la emoción. Mi trabajo en la Biblioteca Nacional y en el Archivo Serafinus me precedía. Sé que mi especialidad no era la historia colonial ni precolombina, pero lo que había leído en algunos textos que estudié en la Biblioteca y en el Archivo, provenientes ambos de la ciudad de Puebla, en una especie de intercambio bibliotecario entre Madrid y la urbe ya mencionada, me llevaron a pensar que había existido un pacto de alianza entre tlaxcaltecas, específicamente entre los señoríos de Tizatlán, Chiautempan y Contla con la ciudad de Chollolan, lo que cambiaría para siempre la perspectiva de Tlaxcala como una entidad traidora, a pesar de que durante la conquista española, los señoríos de la región eran enemigos de Tenochtitlan y de su alianza. Sabía que era retador, a pesar de que el mismo Xicohténcatl el joven hubiera dirigido ataques contra los invasores españoles, antes de que se fraguara la alianza.

Chollolan, me dijeron un par de asesores durante la entrevista del doctorado, era enemiga de Tlaxcala. Y, de todos modos, ¿no convendría realizar tu estudio dentro del doctorado en Historia? Yo misma lo había pensado, pero no me había especializado en esa materia, sino en literatura, y había llegado a esta alianza por medio de una especie de novela supuestamente escrita por don Juan de Palafox y Mendoza, el mismo obispo de Tlaxcala que donara sus libros para la fundación de la Biblioteca Palafoxiana.

¿Una novela especulativa, de Palafox? Qué tontería, me dijeron cuando le expliqué al comité de ingreso al doctorado que una parte de mi proyecto de investigación abarcaba el estudio de la identidad dentro de esa novela “posiblemente Palafoxiana”. Uno de los doctores más recalcitrantes me dijo que todo mundo sabía que Diego Alonso Camargo había desmentido la teoría de que el obispo de Tlaxcala hubiera escrito una obra de carácter “especulativo”. Se conocen muy bien sus disertaciones sobre “el indio”, especialmente porque su carácter era benéfico para con la ciudad protegida de Tlaxcala, pues no había permitido la evangelización más que por el “convencimiento”, así como sus grandes obras de disertación ascética, tan elogiadas por los carmelitas, me dijo, como si la posibilidad de que el antiguo virrey y obispo español hubiera usado su imaginación fuera algo parecido a un pecado mortal.



Todo eso ya lo sabía, contrataqué, pero para mí, lo importante era que, según Diego Alonso Camargo, aquella obra, una novela que iniciaba con la reproducción de un códice, explicado por medio de una disertación propia de la época, mostraba esta promesa de alianza entre los señoríos tlaxcaltecas de Tizatlán, Contla y Chiautempan, y la ciudad de Chollolan, que terminaba con la irremediable entrada de los españoles en territorio tlaxcalteca, y la posterior destrucción de Tenochtitlan. Sin embargo, la titulada La Biblioteca de las almas posibles no fue concebida como una obra histórica, pues después de contar desde el punto de vista de un capitán tlaxcalteca y de una cocinera cholulteca la alianza entre España y Tlaxcala, así como la posterior conquista de Tenochtitlan, la novela seguía por territorios especulativos, llevando a los personajes por un viaje hacia un norte más fantástico y místico que real, en el que hallaban una biblioteca secreta que les ofrecía el conocimiento entero del universo, permitiéndoles así elucubrar sobre la conquista ya no de otras naciones o tierras, sino del mismo cielo, del espacio exterior, pero, más importante, de las vidas de otras personas.

Aquel juez imparable volvió con las referencias a Alonso Camargo: “¡Una gloriosa obra de imaginación proveniente de la cabeza de la mismísima Juana de Azbaje, y no de las muy correctas disertaciones de don Juan de Palafox y Mendoza!”, sentencia Diego Alonso Camargo en su Historia de las literaturas virreinales en 5 tomos. Específicamente, lo hace en el segundo apartado del quinto tomo: literaturas espurias y extrañas. Por lo tanto, la obra no es Palafoxiana.

De nuevo, ya conocía la referencia de Alonso Camargo, y volví a explicarlo con calma. Sin embargo, lo que había encontrado en el Archivo Serafinius y en la Biblioteca Nacional, en específico en torno al Codex Contla y a La breve descripción de las alucinaciones e imaginaciones de la Puebla y Tlaxcala coloniales de Alvarito de Manrique de Zúñiga, descendiente directo del séptimo virrey de la Nueva España, me llevan a pensar que ese contacto entre los señoríos ya mencionados de Tlaxcala y Chollolan, la actual Cholula, sí pudo ser real, pues en ambas obras se habla de emisarios provenientes de los señoríos justo cuando la noticia de la llegada de Cortés y los suyos se extendía por todo el Anáhuac. Y ya que conocía por Alonso Camargo la obra especulativa, supuestamente escrita o por Juana de Asbaje o por Juan de Palafox y Mendoza, quería examinarla para proponer una referencia, aunque fuera literaria, a esta materia.

De todos modos, les expliqué a los dictaminadores del doctorado, si la supuesta alianza no fuera comprobable con estos textos, el estudio de una obra como La biblioteca merecía un trato serio que incluyera el cuidado paleográfico, pero también las teorías en torno a la literatura especulativa.

*

Después de un par de meses, recibí un correo donde me dieron la buena noticia: había sido aceptada en el doctorado, aunque el juez imparable, cuyo nombre no mencionaré para no darle mayor importancia, mantuviera en su rostro un rictus de asco e indignación que no se detuvo ni siquiera cuando mi entrevista acabó.



Pocos días después me mandaron la documentación para comenzar los trámites de formalización de la beca. Entre los derechos que abarcaba, estaba la dichosa tableta que necesitaba con urgencia. Mi trabajo itinerante entre el Archivo y la Biblioteca Nacional habían destruido mi última laptop, y el retraso en el otorgamiento de mi sueldo como investigadora adjunta, debido al déficit presupuestario, me tenía viviendo a frijoles y agua. Así que no podía darme el lujo de hacerme con otra computadora. Y mientras me otorgaban la beca, la tableta podría servirme para comenzar mi investigación.

...“no debe preocuparse, le notificaremos cuando pueda recogerla”. “Mientras tanto, puede acceder por medio de la aplicación de escritorio para solicitar su pase a la Biblioteca Palafoxiana”... Las palabras de la encargada de la secretaría académica no dejaban de darme vueltas, como una especie de tábano mitológico que no me permitía pensar en otra cosa. Así que encendí como pude los restos arqueológicos de mi laptop y descargué la aplicación para solicitar mi acceso a la Biblioteca Palafoxiana. Tendría que bastarme con escribir mis notas en libretas, pero al menos podía ya comenzar mi labor de sabueso bibliófilo.

La aplicación no parecía querer descargarse en mi vejistorio, pero tras un par de horas de intentos, reinicios y conexiones en falso, al fin pude abrir el registro e ingresar mis datos. Para mi sorpresa, comprobé que podía programar una cita para el día siguiente, así que lo hice y me fui a dormir exhausta. Por fortuna, no soñé con las excusas de las secretarías de extensión académica.

*

“Le han traído un paquete. Firme aquí, por favor”. El conserje del edificio me sonrió cuando me dio una caja con sellos gubernamentales. “Parece que le ha sonreído la fortuna”, me dijo. En la etiqueta decía “Tableta para fines de investigación”. Le devolví la sonrisa al conserje y llevé la caja al departamento antes de volver a salir. Había planeado irme a desayunar antes de pasearme por la Palafoxiana. Aún tenía tiempo, así que abrí la caja y extraje la tableta. Venía envuelta en una tela metálica que parecía retener la forma de las cosas. Me entretuve algunos segundos modelando formas que se mantenían en la tela como en un truco de prestidigitación. Luego me fijé en el gadget. No era una tableta. O al menos no una que hubiera visto antes. Su material se asemejaba al aluminio con algún tipo de aleación que hacía alartilugio moldeable, e incluso variaba de temperatura de acuerdo con motivos que nunca supe comprender. No tenía botones visibles, tan sólo parecía una pantalla semilíquida puesta sobre una bandeja moldeable de un material metálico. Pero el gadget, tableta o artilugio del demonio, entendía cuando quería encenderlo o apagarlo.

Nada más encenderse, me mostró la aplicación de la Biblioteca. Aunque no era la que ya había instalado en mi computadora, sino una muy parecida, que llevaba logos similares. El título de la aplicación, sin embargo, hacía alusión a la Biblioteca de las vidas posibles. Fundación



intelectual sin fines de lucro. Intrigada, ingresé el nombre de usuario y la contraseña que ya había ocupado en la aplicación de la Palafoxiana. Servía. Sólo que la app era mucho más compleja y rica de lo que habría esperado. No era, en definitiva, sobre la institución de la universidad. Era otra cosa.

En el menú desplegable encontraba opciones que me llevaban a cuartos interactivos donde se señalaban, de manera virtual, estantes repletos de libros, estancias de estudio, mapas hacia “instituciones librescas” de lo más variopintas: de asociaciones enfocadas en la captura digital de códigos legales de la América Precolombina a librerías especializadas en la compraventa de grimorios medievales. Había también una sección enorme dedicada en exclusiva al acervo de la Biblioteca de las vidas posibles donde podían consultarse algunos legajos digitalizados de manera “gratuita” y previews de documentos cuyo acceso estaba vedado, aunque no parecía que a estos pudiera accederse con algún tipo de forma de pago.

En el apartado de búsqueda escribí el título de la supuesta novela de Palafox y Mendoza (o de Sor Juana, si le hacemos caso a Diego Alonso), y la tableta pareció calentarse mientras la pantalla se oscurecía hasta alcanzar un tono negro que rivalizaba con el de la brea, o quizás con el brillo helado de la obsidiana. Pensé que se había descompuesto, pero pronto la pantalla se iluminó y me mostró una imagen que pertenecía a un ala de la Biblioteca Palafoxiana. Por medio de señales luminosas, la app me invitó a “recorrer” el camino hasta el estante donde yacía el libro. Le di click a la pantalla y se desplegó el libro como si lo hubiera colocado en una mesa. La textura me pareció tan prodigiosa que sentí la tentación de ponerme un par de guantes para examinar el libro. Me puse a leer las primeras páginas, descubriendo las dedicatorias hacia amigos nobles de España y de Nueva España, y pronto comencé la lectura de la que me pareció, ahora sin ninguna duda, una novela.

*

Dice la sabiduría popular que el amor duele. La verdad es que no debería hacerlo, pero esta aseveración, lamentablemente, es verdadera. Cuando llevaba un centenar o más de páginas leídas de La biblioteca de las vidas posibles, me sentía tan enganchada con la historia de Tlahuatzi, el capitán tlaxcalteca que, durante una embajada diplomática a Chollolan, conoció y se enamoró de Itzel, la cocinera prodigiosa de la magna ciudad, y con quien decidió en un acto impulsivo llevársela para comenzar un viaje bellísimo y extraño de descubrimiento y amor por la vida y por los textos antiguos, casi me había olvidado de mi cita en la Biblioteca Palafoxiana. Sin embargo, aunque ya había pasado la hora, decidí darme una vuelta por la institución.

Cuando llegué, me encontré con un encargado de aspecto adusto, mirada profunda y maneras peculiares. Me acerqué para decirle que había solicitado una visita por medio de la aplicación, que era investigadora del doctorado en letras y que buscaba una supuesta novela del mismo don Juan de Palafox. El bibliotecario me miró como si le hubiera dicho una barbaridad,



pero ya comenzaba a acostumbrarme a esa reticencia, hasta que me dijo en voz baja lo siguiente: “yo también creo que esa novela fue escrita por don Juan de Palafox, pero no lo digas muy alto mientras estés por acá, podrías acarrear malas miradas.” Después me sonrió y me invitó a pasar.

La biblioteca era mucho más bella de lo que había imaginado. Tan sólo al estar unos minutos ahí ya sentía que había descubierto una forma del Paraíso. Ya la había visitado con anterioridad, pero no con la guía de un bibliotecario tan experto como él. Me dijo que se llamaba Felipe, y que su familia también provenía de Tlaxcala, por lo que comprendía cómo me sentía en ocasiones cuando me miraban con desdén.

Felipe me llevó al ala de manuscritos espurios, donde se hallaba la supuesta novela. Y, mientras se movía entre los libros y legajos, en un impulso, aproveché y saqué la tableta que me habían enviado para mostrarle la aplicación que supuestamente pertenecía al instituto, pero que creía era otra cosa. Nada más mostrársela, los ojos de Felipe resplandecieron como dos astros pintados por iluministas medievales. Supe en ese momento que mi destino estaba irremediabilmente ligado al de él.

En sus manos tenía el ejemplar de La biblioteca de las vidas posibles, pero en su semblante había algo que no comprendía del todo, hasta que habló: “un adminículo como el que posees es descrito en la novela de don Juan de Palafox; no puede ser una coincidencia, Itzel y Tlahuatzi encuentran un objeto similar cuando se escapan por la ruta norte y llegan a una cueva señalada por una lechuza que lleva en sus garras a una serpiente. En el interior de la caverna se encuentran con una roca brillante, de tonos rojizos y por momentos azulados, que se abre cuando la lechuza se acerca. De aquel huevo brota un pedazo de metal ligero que Tlahuatzi toma. Éste, ante sus ojos, se convierte en un códice que le señala un mapa para alcanzar un lugar secreto: la biblioteca de las vidas posibles.”

Después de que Felipe me explicara esa sección de la novela, le pedí que lleváramos el libro a la sala de lectura. Él no quiso dejarme sola. O tal vez no podía hacerlo. Se sentía marcado por los hados del destino, y en parte yo también. Sólo que la curiosidad por el texto me llevó a sumergirme en las páginas, en lugar de hacerlo en las palabras de Felipe. Sin darme cuenta, me dejó sola un par de horas y yo avancé con la novela. Cuando levanté la cabeza, sabía lo que debía hacer. La Palafoxiana debía contar con un pasaje que nos llevara por un camino subterráneo hacia la biblioteca perdida. No debía encontrarse tan lejos. Y quizá el “norte” de la novela no era otra cosa más que el símbolo de un “faro intelectual”, un viaje del alma en busca de conocimiento.

Antes de que siguiera elucubrando, pues me sentía ya agotada por las experiencias de ese día, miré a Felipe, quien volvía a acercarse a la sala de lectura y dejé que me envolviera con una propuesta que me descolocó por un momento: venga, Sor Clara, ya basta de tanto desgaste



intelectual, vayamos por un café.

Nunca me había gustado mi nombre por sonarme, precisamente, al de una monja, oficio con el que no comulgo en lo más mínimo, pero en los labios de Felipe me resultó, más que hilarante, una broma deliciosa. Así que sonreí y seguí al bibliotecario de sombras y misterio libresco a las calles de la ciudad.

No debieron pasar más de tres citas para descubrir que ya me había enamorado.

Fue la cercanía, pero también la agudeza de Felipe, su mirada inquieta, y su voz grave mientras discurría por la novela, por citas librescas, por las posibilidades más inusitadas de la imaginación. Él no era escritor, o al menos eso decía, pero lo que me contaba, las historias que hilaba al hablarme de otros mundos, incluido aquel de la novela, me convirtieron en la admirada espectadora de un universo lleno de belleza y posibilidades.

A la quinta salida, mientras compartíamos mi cama después de haber devorado una cena abundante, Felipe me propuso buscar, con ayuda de mi “tablet”, la entrada secreta en la Palafoxiana. Para entonces ya me había llegado una notificación de parte de la universidad para decirme que pronto enviarían la prometida tableta inteligente y flamante que tanto había solicitado. La mía no había sido proporcionada por ninguna institución que conociera. Eso ya lo sabía. La tecnología de aquel luminoso y flexible legajo de aluminio y cristal tenía que venir de otra parte. Y en eso Felipe estaba de acuerdo. Tenía que ser una señal clara de que yo debía encontrar esa biblioteca.

Prometimos entrar por la noche durante una luna nueva. Más como una forma romántica de actuar que como un plan práctico. Él tenía llaves y acceso a la biblioteca. Así que no tendríamos problemas. Y no, no los tuvimos. Al menos no esa noche.

*

Entramos a la biblioteca y yo encendí mi tableta y abrí la aplicación para preguntar por la entrada secreta que nos llevara al recinto perdido de las vidas posibles. El mapa que se desplegó nos indicó que hallaríamos un grimorio en específico en el ala de demonología. Al constatar el libro que deberíamos encontrar, según la aplicación, con el que realmente estaba en el estante, nos dimos cuenta de que no era el mismo. Sin embargo, Felipe lo tomó y al hacerlo algo se movió en la biblioteca, dejándonos ver un aldabón escondido en la parte inferior de los estantes. Al jalarlo, Felipe nos descubrió una entrada hacia una escalera que llevaba hacia las profundidades del edificio. La tableta se iluminó y mostró el camino que debíamos seguir, así que descendimos.

No sé realmente cuánto tiempo tardamos en hacerlo. Nuestros pasos continuaban por la



escala mientras relatábamos, en susurros, lo que podríamos encontrar. Una vez llegamos a la base de un pasillo, recorrimos un camino que se bifurcaba constantemente. No lo habría seguido si no fuera por la guía de la tableta. Sin embargo, continuamos.

La cercanía de Felipe me daba ánimos, y eso permitió que el largo recorrido hasta una cámara sellada con símbolos arcanos me resultara menos macabra de lo que fue. Además de que la guía de la tableta, tanto por su suave luz como por el mapa desplegado sobre nuestro camino, me dieron la sensación de que avanzaba hacia mi destino.

Lo era. Lo fue. Lo sigue siendo. Mi destino.

Abrimos la puerta con una palabra que recitó Felipe. Ya había visto esos símbolos antes, precisamente en un documento firmado por don Juan de Palafox y Mendoza. Y, aunque no pertenecían a un alfabeto reconocible, Felipe pronunció las palabras en náhuatl.

La puerta se abrió ante nosotros y descubrimos una estancia redonda, luminosa e inmensa, como una catedral romana escondida bajo tierra. Por la bóveda del recinto se filtraba una luz dorada que me hizo sospechar que ya no nos encontrábamos bajo tierra, sino que en algún momento habíamos subido a la superficie.

Era una biblioteca, la que mencionaba Palafox y Mendoza, la que alcanzaron Tlahuatzi e Itzel. Los libros, grimorios, incunables, papiros y legajos se amontonaban por todas partes, y cuando me acerqué a ver los títulos, las palmas me ardieron. Aún mantenía la tableta aferrada, pero ésta se había hecho tan helada que sentí un punzón insoportable. Al soltarla, el gadget simplemente se esfumó. Sentí pánico. ¿Cómo regresaríamos a la Palafoxiana? Aquello era un laberinto...

“No tenemos por qué regresar, querida”, dijo Felipe. “Si recuerdas lo que leíste en la novela, la biblioteca no sólo tiene un acervo único, especial, sino que sus libros son, de alguna manera, una puerta para hallar... y vivir... otras vidas. Aquí, al tomar cualquier ejemplar y abrirlo, nos sumergiremos en la vida que queramos. Si te fijas, las secciones están bien identificadas. Por aquí está la del amor ideal y nutritivo, y por acá la del amor tórrido y salvaje. Podríamos empezar explorando esa sección, y de ahí, el mundo, cualquier vida está a nuestro alcance.

Tomé un ejemplar, un mamotreto sobre el amor ardoroso y aventurero. Era la historia de una princesa oriental que hallaba, durante algunas compras en el mercado de telas de la ciudad imperial, a un mozo que enloqueció sus sentidos. Quizá Felipe tenía razón, pensé, así que seguí leyendo, y pronto pude sentir la ardiente arena golpeando mi rostro.

*

¿Hubiera preferido que todos los problemas al ingresar al doctorado, como la falta de entrega de la tableta que tanto necesitaba, fuera lo más grave que me hubiera ocurrido en esa época?



Tal vez. Podría haber seguido viviendo en una ciudad que amaba, aunque me denostaran en cierto momento por ser tlaxcalteca. Lo que he vivido ahora, experimentando otras vidas al leer libros imposibles que me han adentrado en aventuras y tragedias tan vastas como terribles, aunque me han dado una experiencia inmensa, y he accedido a situaciones vitales que jamás habría imaginado posibles, también me han devastado en cierta forma. Felipe hace tiempo que se ha ido. Al principio eligió leer los mismos libros que yo, convertirse en un bandido enamorado de mis ojos, en un pirata ansioso por mi pecho, en un rey codicioso que me arrebatara de la cama de mi prometido. Pero después comenzó a seguir otras historias, las de exploradores en planetas verdes, marrones y anaranjados, las de reyes conquistadores de lejanas tierras selváticas, las de chamanes curadores en tierras desérticas y abandonadas. Y un día, Felipe desapareció.

Quisiera decir que he encontrado solaz en los libros, pero mentiría. No estoy más que viviendo vidas imposibles para alejarme de su recuerdo, para no volver a la soledad que encuentro cuando elevo mi cuerpo y me hallo de nuevo en la biblioteca, sola, sin un objetivo real más que el de experimentar todo aquello que no soy.

He tomado, sin embargo, una decisión. He buscado un libro, uno escrito por una monja, por sor Clara Purificadora, mi nombre, ridículo, pero mío, bajo el mote aquel de ese oficio santo que tan poco he apreciado en mi vida. El libro es también una novela, es la historia de una investigadora que sufre algunos problemas para entrar a su doctorado porque necesita un adminículo para comenzar su trabajo. Pronto, recibe un objeto alienígena, extraño, que la guía hacia un hombre, hacia un mundo que también está dentro de otro mundo, en el objeto de sus deseos: la supuestamente espuria novela escrita por don Juan de Palafox y Mendoza. La investigadora halla un camino, y acompañada por aquel hombre que pronto se convierte en su amante, descubre la perdida Biblioteca de las vidas posibles.

La novela está incompleta. Hay páginas en blanco, pero yo tengo una pluma que he encontrado entre los estantes. Sé lo que escribiré a continuación. Sé que relataré el regreso de la investigadora a su propio mundo, y que denunciaré los dolores del amor, pero también las delicias de otro tipo de querencia, la de los libros, la de la investigación, la de una alianza imposible entre naciones enemigas, la de una novela espuria escrita por algún virrey o por una escritora de genio inigualable, la de vivir la vida propia y hacer de ella una bandera, tal vez una señal mística, especulativa, gloriosa, yo qué sé, acompañada del amor por los libros, o quizá por el amor de las historias.

Y ahora, comienzo.



